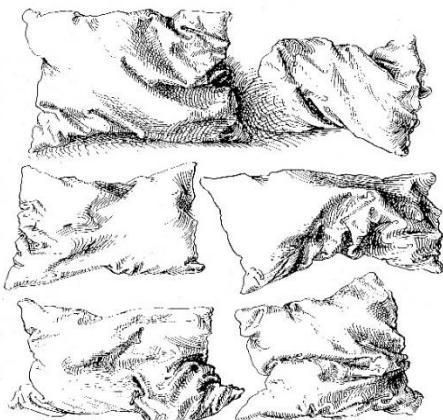
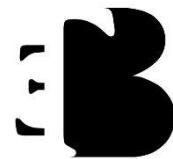


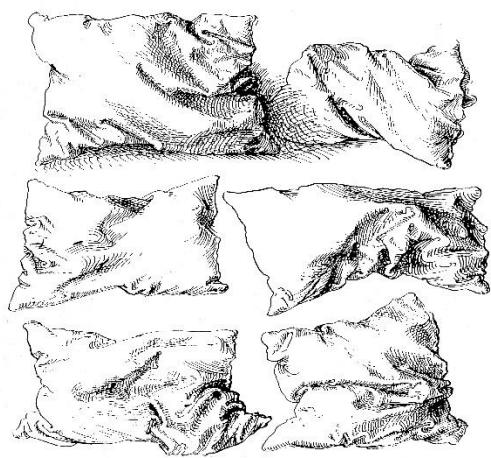
Tres cuentos y dos relatos



Jesús Miguel Soto



El Taller **Blanco**
EDICIONES



TRES CUENTOS Y DOS RELATOS

© De los textos, *Jesús Miguel Soto*

© De la presente edición, *El Taller Blanco Ediciones*

© Textos originalmente publicados en *Perdidos en Frog*

Correo: eltallerblancoed@gmail.com

Facebook: El Taller Blanco Ediciones

Twitter: @BlancoTaller

Instagram: @eltallerblanco.e



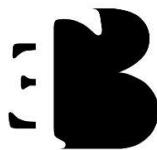
Esta edición se realiza bajo la Licencia Creative Commons.
Incentivamos la difusión total o parcial del contenido de este libro
por los medios que la astucia, la imaginación y la técnica permitan,
siempre y cuando se mencionen las fuentes
y se realice sin fines de lucro.

Impreso en Cali, Colombia, octubre de 2021

JESÚS MIGUEL SOTO
TRES CUENTOS Y DOS RELATOS

*

COLECCIÓN *COMARCA MÍNIMA*
El Taller Blanco Ediciones



El Taller **Blanco**
EDICIONES

UNO DE MUCHOS POSIBLES ATAJOS

Han pasado quince años y aún sigo viviendo en el mismo apartamento, rodeado más o menos del mismo mobiliario, de los mismos olores y texturas que perduran a pesar de las capas de pintura, polvo y grasa que se van superponiendo en las paredes, de la misma forma en que se acumulan las muchas o pocas historias que vamos siendo y que vamos dejando atrás. En cuanto al edificio es permisible afirmar que parece más cansado, con grietas que lo surcan como arrugas, y casi podría aventurar —pero mejor no— que una incipiente joroba comienza a abombar su lomo de concreto. El antiguo jardín, antes poblado de invisibles grillos y pausadas arañas, no es ahora más que una pequeña porción de tierra salpicada con botellas de cerveza descoloridas y restos de carbones marchitos.

A pesar de todo el tiempo que ha pasado, todavía no me atrevo a botar la basura por el bajante que queda en el pasillo. Prefiero dejarla acumular lo suficiente, a veces hasta tres semanas, y sólo cuando tengo cinco bolsas grandes es que bajo las escaleras hasta los contendores ubicados en la avenida y allí las abandono. Dayana, aunque sabe la historia o fragmentos de la historia o la versión que yo le conté de la historia, siempre se queja de mi mala maña de acumular la basura dentro del apartamento en vez de ir a tirarla por el bajante como lo hacen el resto de los vecinos.

A veces, aunque cada vez con menos frecuencia, me despierto escuchando la voz de Julio que nos llama; no dice ningún nombre en específico pero sabemos que nos llama a nosotros. No es un grito, ni tampoco un susurro, sino su voz en un tono apacible, como quien pregunta la hora a un desconocido.

Recuerdo de Julio que sus padres siempre peleaban por cualquier motivo; el más recurrente era que supuestamente su papá gastaba gran parte de su sueldo en vacas. En ese entonces yo no entendía lo que eran las vacas a pesar de que Gustavo, el mayor de todos, nos explicaba que las vacas eran las putas que se podían conseguir en algunos edificios de la avenida Urdaneta; y aunque la mamá de Julio las llamaba vacas en alusión a sus blandas ubres largas y a sus cuatro estómagos, Gustavo aseguraba que no todas eran así.

A la mamá de Julio la evoco como la señora más bella del edificio, así que no entendíamos cómo era que el papá de Julio prefería irse de pastoreo con unas vacas fofas. No era una señora como las demás señoritas (las de la junta parroquial, las de la asociación de vecinos y las amigas de la iglesia); tenía 25 años en ese entonces y para nosotros, niños entre nueve y once años, era una mujer inaccesible. Lo que más recuerdo es su boca pintada de rojo brillante y su cabellera ensortijada, casi siempre húmeda. Fumaba tanto que inevitablemente la rememoro envuelta en una tenue nube gris. Me encantaba verla en sandalias, aunque no sé qué era lo que me gustaba de sus pies o si es que acaso me gustaban; quizá era el deseo satisfecho de ver más piel desnuda.

Una vez en su casa me robé a escondidas una colilla de un cigarrillo que ella se había fumado, estaba empapada del rojo de su pintura labial y tenía un extraño olor que fluctuaba entre aromatizador de baño y frijoles amargos. Guardé la colilla debajo de mi colchón y cada noche, durante varios meses, la sacaba de allí y la apretaba un poquito, la olía, simulaba que me la fumaba y pensaba en la buena suerte que tenía Julio, o más bien en la suerte de su padre; de nuevo no entendía por qué él iba donde las vacas, cuestión que ni siquiera comprendí años más tarde cuando yo mismo empecé a gastar mis

primeros salarios en la bulliciosa Urdaneta, sin encontrar en mis incursiones ninguna mujer que tuviera la talla de su madre.

No puedo afirmar que él era un niño al que maltrataban físicamente, pero más de una vez (y un par de veces nosotros) salía perjudicado por retruque. Durante ardientes riñas, sus papás se atacaban lanzándose objetos, y en algunas contiendas Julio quedaba en medio del fuego cruzado mientras iban y venían por el aire diversos utensilios de cocina y aparatos electrodomésticos. El día más memorable de esas batallas fue cuando se rompió el televisor justo al final de la temporada de béisbol, lo cual fue para Julio una especie de duelo de varios meses.

Las peleas llegaron a tal grado de intensidad que no volvimos a reunirnos en su apartamento. De algún modo sentimos, no con estas palabras claro está, que habíamos violado su intimidad, o más bien que su intimidad nos había violado a nosotros. Así que sólo nos reuníamos a jugar con él fuera de su casa. Para mí, lo más lamentable de eso fue no ver más, al menos de cerca, los pies en sandalias de su mamá.

Julio era el más rápido, el más hábil y el más arriesgado del grupo. Es probable que yo lo odiara un poco en secreto, sobre todo porque a pesar de que era varios meses menor que yo, me molestaba que me ganara, a mí y a casi todos, en la mayoría de juegos. No obstante, nunca le demostré de manera evidente ningún tipo de animadversión, desempeñé el papel de admirarlo cuando ganaba, sin mezquindad y con la distancia apropiada de un buen perdedor.

En ocasiones yo me decía que simplemente él tenía la suerte para encestar el balón de espaldas o para dar un batazo que definiera un partido; pero un día supe que era más que suerte, o que esa palabra

dejó de significar lo que había significado para mí en ese momento y se mezcló con otros vocablos más poderosos como magia o milagro. Fue un día que subimos a la azotea. Aunque en el último piso el acceso estaba clausurado por una reja con candados, debido a nuestra talla podíamos deslizarnos entre los barrotes y burlar esa protección que la conserje había colocado. Aunque no me agradaba mucho estar allí y el solo resoplar del viento me daba vértigo, fingía que me gustaba subir; es más, me manifestaba deseoso de ir a la azotea cuando sabía que los demás estaban muy cansados y que no se harían eco de mi propuesta. Eso sí, evitaba decir eso en presencia de Julio, porque a cualquier hora él se animaba a ir hasta allá arriba.

Nuestra torre está distanciada de la contigua por escasos metros, de manera que desde la azotea basta dar un pequeño gran brinco para alcanzar la del edificio de al lado. Fue a Marlon a quien se le ocurrió la idea, pero fue Julio el único que la llevó a cabo. Sin pensar si otros lo seguirían o no, se limitó a decir “Yo primero”. Se remangó la bota de los pantalones, se desanudó y volvió a anudar las trenzas, apretándolas con exageración, se volteó la gorra, se la ajustó de un modo que pareciera buscar algún tipo de efecto aerodinámico y se agachó en posición de arranque de corredor de cien metros planos para agarrar impulso. Me parecía (me sigue pareciendo) un salto imposible, no tanto por la distancia entre los dos edificios sino por el reborde que hay en cada uno, de manera que había que subir un pequeño escalón antes de dar el salto, por lo que el impulso que se hubiese tomado se vería mermado. Pero nadie dijo nada, ni siquiera una sencilla palabra de ánimo. Sólo Omar, para disimular su miedo, balbuceó en tono optimista: “El viento sopla hacia allá, eso es bueno”. Tiempo después supe que yo no era el único que tenía miedo, y que de hecho otros estuvieron aguantando las ganas de derramarse a llorar o de disolverse en orines mientras deseaban que algún adulto entrase por la puerta de la azotea y suspendiera el acto circense, y

después nos mandaran castigados a nuestros cuartos para toda la eternidad.

Pero nada de eso ocurrió. Lo que sobrevino a las palabras de Omar fue la carrera veloz de Julio, no en cámara lenta, sino acelerada, tanto así que únicamente puedo recordarlo de esa forma, en tres o cinco segundos como máximo, calculo yo. Dio quince zancadas antes de posicionarse sobre el reborde y luego un salto más, tan fuerte que la gorra se le salió y revoloteó en el aire en caída libre al tiempo que sus pies tocaban el otro edificio para luego caer de palmas y codos sobre la azotea.

Aunque manifestamos (y hoy me avergüenzo de ello) que la distancia no era tanta como nos habíamos figurado antes del salto, igual a nadie se le ocurrió repetir la hazaña. Nos limitamos a dar gritos de felicitación y de ovación y a asomarnos en el borde de la azotea. Oscar, el más alto, logró estirar su brazo hasta rozar las yemas de los dedos de Julio. Los demás reconocimos a viva voz que no seríamos capaces de hacerlo, que fue tan arrecho que nadie lo creería. En ese momento pensé que ningún tipo de juego tendría sentido desde ahora, que al menos que jugásemos a la ruleta rusa o a algo similar ningún juego serviría para demostrar nada.

Me sentí estúpido por haber atribuido a la suerte los grandes logros de Julio en el pasado; en definitiva, acepté todo lo de él como algo que estaba por encima de nosotros, mil veces más arriba, tan alto como un labial rojo brillante sobre una boca poblada de humo. Todo esto lo pensaba, con otras palabras y en otro orden, mientras Julio iba hacia la puerta de la azotea del otro edificio y forcejeaba con ella para abrirla. Aparentemente tenía un candado por el lado de adentro, nos explicó Julio mientras la halaba apoyando una pierna contra la pared. Cuando se dio cuenta de que era vano cualquier esfuerzo retornó

hasta el borde de la azotea, donde nosotros lo esperábamos con ansias y el miedo redoblado.

A ninguno se nos ocurrió que lo más lógico sería bajar hasta planta baja, buscar al conserje de la otra torre y explicarle la situación: que había un niño en la azotea de su edificio que no podía bajar porque la puerta tenía un candado por dentro, y si el conserje no nos creía lo haríamos salir y asomarse desde abajo y decirle a Julio que saludara con la mano, pero como el sol entorpecía la visión a esa altura de ocho pisos, tendríamos que decirle al conserje que subiera a nuestra azotea para que desde allí viera que de verdad había un niño en su azotea, pero para ello teníamos que fastidiar a la conserje de nuestro edificio para que abriera con llave la reja por la que nosotros nos colábamos con cierta facilidad de lagartija pero que el otro conserje no hubiese podido franquear al menos que estuviese abierta y etc.

En fin, el hecho es que decidimos no buscar a nadie, y la solución que yo pensé y comenté y que a nadie le pareció descabellada fue que los bomberos o los militares vinieran a buscar a Julio en un helicóptero y con una escalera de sogas lo trasladaran de la azotea del otro edificio al nuestro.

Otra idea que también fue aplaudida e incluso puesta a prueba fue la de Marlon. Él propuso colocar una tabla entre ambas azoteas para así facilitar el regreso de Julio. Pero su idea quedó descartada cuando logramos colocar dos listones de madera para comunicar ambas torres, y apenas quisimos asegurarnos que estaban firmes se vinieron abajo y desaparecieron en caída libre.

Fue Julio quien tomó la decisión más lógica y más simple: devolverse tal como había llegado, así que sin pensar mucho volvió a tomar impulso; esta vez no lo hizo desde tan atrás porque quizás se dio cuenta de que no necesitaba tanta fuerza sino al momento de dar el salto desde el reborde. Alguien comentó que Julio no tenía ya la

gorra. Como respuesta (aunque estoy seguro de que Julio no escuchó ese comentario pronunciado en voz muy baja y casi avergonzada) Julio se santiguó; lo hizo mal, no hizo una cruz sino un triángulo o algún polígono irregular, no por desidia sino porque seguramente le temblaban las manos tanto como a nosotros nos temblaba todo el cuerpo, la lengua, los brazos, las piernas, los esfínteres. Y más rápido que el primer salto, e incluso con más clase, Julio ya estaba de nuestro lado. Fue recibido con aplausos y llevado en alzas por toda la azotea, eso sí, evitando las orillas.

No sólo lo había hecho una vez, sino dos veces, y estoy seguro de que lo habría hecho cien veces más, mil veces más si el resto no hubiésemos asumido el pacto implícito de no volver a subir allí. De hecho yo no volví a subir más nunca desde esa vez; ni siquiera años después cuando instalaron en los bordes de la azotea cercas de alambre debido a que fue acondicionada como lavadero.

Lo que sí fue explícito es que no le contaríamos lo de la azotea a nadie, sobre todo porque nos iban a tener castigados un montón de siglos, lo cual para Julio sería peor que para los demás porque la televisión de su casa estaba rota; aunque lo más seguro también es que a él no lo iban a castigar por ningún motivo ya que sus papás tenían otros asuntos de que preocuparse.

Y aunque seguimos jugando los mismos juegos, a las mismas horas, y con las mismas reglas ya nada era, al menos desde mi óptica, igual que antes. El único añadido fue que nuestra admiración por Julio se disparó al mil por cien y que su palabra era santa para cualquier cosa, desde decidir los integrantes de un equipo, hasta ponerle fin a un juego que estaba estancado en el marcador desde hacía rato. Nadie discutía su autoridad, aunque la verdad él no era nada pretencioso, ni se sentía más que los demás por haber realizado tamaña hazaña. El placer de la adrenalina era su único premio cada vez que lograba algo.

Y si aún estuviera aquí y tuviera la edad que tenía entonces, las cercas de alambre hubiesen sido un estímulo más y las hubiese trepado para pasar de una torre a la otra.

Un día el papá de Julio se fue de la casa, o más bien un día nos enteramos de que el papá de Julio se había ido hacía varios días de la casa. Quizá ya no había más objetos que romper, más nada que lanzarse. Por una parte, yo estaba alegre porque pensé que retornaríamos a la casa de Julio y podría ver de nuevo a su mamá en sandalias, fumando cigarrillo tras cigarrillo mientras miraba la telenovela, sin importarle que nosotros estuviésemos ahí haciendo y deshaciendo. Pero ese deseo no se llevó a cabo debido a que la casa de Julio comenzó a ser frecuentada por un tipo de rostro cuadrado, a quien apodamos El Mecánico porque siempre andaba con una braga azul embadurnada de grasa.

Julio nos contó que una vez escupió a El Mecánico en la cara porque lo vio hurgar en la cartera de su mamá. Estaba preparado para recibir un golpe del tipo, pero éste lo que hizo fue un gesto de hiena hambrienta para espantar a Julio, quien salió del apartamento, derrotado, pero sin quitarle la mirada a su enemigo. Creo que ese día Julio acababa de llorar, y era raro porque se nos había metido en la cabeza que él no lloraba nunca.

Aunque El Mecánico no se quedaba a dormir en casa de Julio, salvo algunos fines de semana, siempre había un mal rollo entre ellos; no se soportaban y Julio lo único que deseaba era huir a casa de su tía, que vivía algo lejos pero no tanto si se va en autobús, y volver dentro de cinco años a partirle la cara a El Mecánico.

Un día el sujeto pretendió hacer el papel de su papá. Fue la tarde en que nos vio jugando a mí y a Julio en el pasillo, afuera de su

apartamento, con unos tractores que transportaban barro y piedritas en cantidades moderadas.

El Mecánico llegó arrastrándose con pesadez y mal humor, gritó que habíamos ensuciado todo de mierda, cuando más bien fue él quien pisó nuestra área de juego y llenó de barro la sala del apartamento. Amenazó a Julio con que si no dejaba el suelo limpio y brillante, no lo iba a dejar salir a jugar durante un mes, y que él se quedaría en la casa todo ese tiempo para garantizar que así fuera. Julio se le plantó y El Mecánico, con sus manos y uñas renegridas, lo frenó en el pecho, y con ese gesto silencioso Julio supo que estaba derrotado de nuevo.

Para asegurar que Julio no incumpliera la ley, El Mecánico se instaló con su equipo de soldar frente a la escalera. Se puso a reparar una pieza de motocicleta, y si bien no podría ver desde allí el pasillo donde nosotros jugábamos, sí tenía resguardadas las rutas de salida que eran la escalera y el ascensor.

Julio dijo que aunque fuera por la ventana se tenía que escapar de esa insoportable injusticia; pero estaba en un séptimo piso y por más valiente que fuera era demasiado arriesgado burlar al carcelero de ese modo.

Así que se me ocurrió la idea a mí (no al ingenioso Omar, ni al valeroso Julio) de que se escapara por el bajante de desperdicios ubicado en el pasillo; había uno en cada piso, y El Mecánico no podía verlo desde su posición. El ducto del bajante no era ni muy ancho ni muy estrecho, así que con paciencia podría ir descendiendo, deslizando la espalda poco a poco en conjunto con la planta de los pies.

Julio aprobó mi idea como si fuera la más ingeniosa jamás concebida y su confianza me transmitió un poco de su grandeza, por lo que me sentí el segundo con mayor autoridad. Como era más fácil entrar en

el ducto que salir de él, el plan no era descender hasta el piso seis y de allí huir por las escaleras, sino que debía bajar hasta planta baja para luego salir por el cuarto de la basura, de cuya puerta estábamos seguros que se podía abrir desde adentro porque una vez habíamos estado en ese lugar espiando la labor de la conserje.

El plan terminaba allí. Ninguno de los dos sabía si su escapatoria tenía como fin último que pudiera irse a jugar con nosotros en la cancha o si implicaba una huida a un lugar más lejano. El hecho es que Julio me dijo que me quedara en el pasillo haciendo como que limpiaba o recogía los tractores para que El Mecánico no sospechara que andábamos en alguna movida extraña. Y así estuve como veinte minutos para darle chance a Julio de llegar hasta abajo. Pasado ese tiempo, cuando pasé frente a El Mecánico para bajar por las escaleras le dije que Julio estaba dejando bien limpio todo y que lo perdonara, pero el tipo ni se inmutó, siguió reparando su pieza automotriz. Julio no fue a la cancha durante toda la tarde, ni en la noche; pensé que quizá El Mecánico se dio cuenta de nuestro plan y haló a Julio desde dentro del ducto y le triplicó el castigo.

El sueño se me había espantado cuando escuché la voz de Julio que parecía estar diciendo (no gritando, ni susurrando, sino como quien pregunta la hora a un desconocido) mi nombre o el de alguno de nosotros, y me pareció estar escuchado unos golpes en la pared justo cuando la puerta de mi cuarto se abrió con algo de estrépito. Al encenderse la luz se iluminó el rostro de mi mamá preguntándome si yo sabía algo de Julio. Me contó que la mamá de él estuvo preguntando por su hijo, pues no sabía dónde estaba.

Lo habían buscado en la cancha, en el estacionamiento, en la azotea y en cada apartamento del edificio. Tanto escándalo a media noche me llenó de temor, pero luego me sobrevino una alegría súbita: sentí que Julio nuevamente había sido un héroe, se había escapado y se

habría marchado a donde su tía y volvería dentro de varios años a cobrar venganza, con nuestra ayuda por supuesto.

Como en teoría yo fui el último que lo vio, me interrogaron una y otra vez durante las horas siguientes. Repetí mil veces que dejé a Julio en su casa porque estaba castigado y no podía salir. De hecho, no sin inocencia, insistí en que seguramente el último que lo vio tuvo que haber sido El Mecánico ya que éste le prohibió la salida a Julio y estaba instalado cerca de las escaleras, única vía de escape. No voy a negar que me sentí contento cuando la madre de Julio empezó a golpear en el pecho a El Mecánico a la vez que lo inculpaba del extravío de su hijo.

A Omar, que también había sido despertado por sus padres, tan solo le dije en secreto sumarial que Julio se había escapado a donde una tía. No di detalles de cómo se fugó, así que asumió que fue a través del balcón, cuestión que no le impresionó.

Al día siguiente, como al mediodía, me remordió la conciencia de ocultarle la verdad a la mamá de Julio. Así que le toqué a su puerta y le dije que él se había ido a donde su tía, que la llamara y lo buscara allí; ella me respondió, con una lástima envuelta de pesadez, que, si estuviese allí, su hermana ya lo habría traído de regreso, que además la casa de la tía no era nada cerca, que era muy pequeño para llegar hasta allá; sin embargo, no sé si para complacerme, lo dudo, llamó a su hermana sólo para comprobar que esta no tenía noticias de su sobrino. Yo me acerqué a ella y la abracé, quería darle una especie de consuelo viril, pero terminé lloriqueando sobre sus hombros; ella me abrazó y supongo que cerró los ojos y se imaginó que yo era su hijo.

Fue hasta el tercer día cuando los vecinos comenzaron a quejarse del bajante tapado, de las bolsas y desechos que se estaban acumulando entre los pisos ocho y cuatro. Primero la conserje probó con un palo

de escoba, luego vinieron los encargados del mantenimiento del edificio y después unos hombres de batas blancas.

Apenas supe la noticia corrí a mi cuarto, busqué debajo del colchón la colilla de cigarrillo casi desintegrada y la arrojé al retrete, no se desapareció en la espiral de agua sino hasta la tercera bajada.

Aún hoy, prefiero acumular la basura en mi apartamento y luego llevarla, en grupos de cinco bolsas, directamente a los contenedores que están en la avenida. Lo hago muy lento, con modorra, como casi todas las cosas que hago desde hace un buen tiempo.

PERDIDOS EN FROG

I

Frog es una pequeña aldea ubicada al sur de la sierra 23. El contraste entre sus suelos ardientes y sus ventiscas heladas es quizá uno de los factores modeladores de las enigmáticas costumbres de sus habitantes. Por ejemplo, en Frog es común que las chimeneas estén construidas, no a ras del suelo, sino a un metro de altura.

El pueblo de Frog o villa Frog (o incluso cantón del Frog) fue fundado por un grupo de exploradores del Cáucaso quienes, en algún momento del siglo XVIII, arribaron a las costas de la Capitanía General de Venezuela, provenientes de Curazao, con el objetivo de llegar vía terrestre hasta Cuzco. Por alguna razón desconocida: falta de suministros, de ánimo o quizá a causa de una revelación mística, se asentaron en este territorio sin nombre pero abundante en fuentes de agua y en cuevas de piedra brillante.

De ese supuesto pasado fundacional no queda mucho, salvo algunos apellidos cuya grafía concluye en –ick, –tmn o –skchy, y una palidez grisácea en la mirada. Asimismo, la altura de sus habitantes es notoria en comparación con el promedio de la población de Venezuela; igual lo es la blancura exagerada de su piel, casi rosada, como fríos embutidos sangrantes.

A lo largo del siglo XIX la villa de Frog perteneció, en décadas distintas, al estado Falcón, luego al llamado Gran Estado Centro-Norte de Occidente, al estado Falcón–Zulia, al Gran Estado de Lara y por dos meses a Portuguesa. A inicios del siglo XX formó parte del estado Loma Brava, entidad federal nunca reconocida legalmente y que fue desintegrada (o más precisamente exterminada a sangre y

fuego) debido a sus pretensiones independentistas. De hecho, Frog y otras poblaciones aledañas no figuraron ni en los mapas, ni en los registros civiles de esos convulsivos años como una forma de punición de los gobiernos por reprender esa breve e infructuosa aventura que fue Loma Brava.

Durante todo el siglo XX, Frog perteneció alternativamente a los estados Falcón y Yaracuy, y en la actualidad se encuentra en la zona en reclamación que disputan ambos estados. Pero lo que realmente vale destacar de este escueto recuento es que los habitantes de Frog nunca han manifestado ningún tipo de interés por estos vaivenes jurídicos.

Hoy en día Frog es un territorio áspero y, como ya se dijo, de suelo caliente y vientos helados, lo cual influye en que sus pobladores anden arrebatados con gruesas mantas de la cintura para arriba pero con los pies descalzos y las pantorrillas desnudas. Su población la conforman unos 2.300 aldeanos; aunque se estima que apenas se ha contabilizado el sesenta por ciento de la misma, pues se cree que muchos froguenses aún viven en cuevas de difícil acceso.

Su población es mayoritariamente anciana y condenada a la desaparición si se prolonga la hermética endogamia en la que llevan sumidos toda su historia. No se conoce que tengan tradiciones culinarias, festivas o religiosas. Hablan el español de un modo característico, muy básico, y su forma más usual de comunicación es una especie de risa gutural que emplean para girar instrucciones o admirar la luna. También se dice que hablan con fluidez, pero sólo puertas adentro, un idioma que no es de raíz latina.

Su arquitectura es sencilla, con casas de bahareque y techos de teja o paja tejida. En el pueblo hay una pequeña iglesia levantada por

misioneros, en la cual no se oficia misa desde el año 1884 y que ahora funge como depósito.

La gente de Frog vive del agua, que no utilizan como fuente de energía o para irrigar los escasos cultivos que tienen, sino sólo para beberla o asearse, lo cual hacen en abundancia. Cazan guacharacas y conejos. Lo único que cultivan son cebollas, tomates y algunos tubérculos; también crían cerdos, lo cual rebate la endeble tesis de que en Frog son judíos. Sus actividades comerciales se limitan al intercambio de productos entre ellos mismos, operación que realizan bajo reglas algo ambiguas; por ejemplo, el valor de cambio de un cerdo o un conejo es mayor o menor dependiendo de la nitidez de la sombra que proyecte sobre “el lienzo de intercambio” (una sábana parda que debe llevar consigo cualquier persona que quiera intercambiar un bien por otro).

Eventualmente, los froguenses realizan menudas compras en los poblados más cercanos: algunos víveres, caramelos, gasolina para los cinco vehículos que hay en el pueblo y algunos otros insumos de la industria moderna. En Frog hay luz eléctrica pero la mayoría de sus habitantes usa radios con baterías, incluso televisores que funcionan con pilas. No hay líneas telefónicas, sin embargo, la conexión satelital es muy buena, mejor incluso que en muchas ciudades importantes del país, según han dicho conocedores de la materia. Aún se conserva en pie, desteñido y oxidado, un teléfono público que nunca funcionó.

En lo referente al turismo, Frog no tiene ningún atractivo natural, histórico o cultural; es un caserío sin forma, un azar de casas, aceras y caminos de tierra que se enredan y mueren de manera imperceptible en algún punto.

En la década de 1980 Frog se puso de moda por un par de años. Fue exactamente en 1982 cuando unos ingenieros petroleros descubrieron, en las adyacencias de la aldea, un parque de armas de

guerrilleros enterrado en una mina. Además de fusiles, metralletas y uniformes propios de las últimas décadas del siglo XX, lo curioso fue que se encontraron cientos de ballestas decimonónicas y al menos dos docenas de lanzas de acero pulido. Se rumora que también se hallaron algunos lingotes de oro, pero eso nunca pudo ser comprobado, o al menos quienes los encontraron nunca lo reportaron formalmente. Lo que sí es seguro es que ni una gota de petróleo o un centímetro cúbico de gas natural había en toda esa extensión.

A partir de ese curioso hallazgo armamentista se escribieron una docena de artículos sobre Frog en los ámbitos de la antropología, la sociolingüística e incluso de la parapsicología; eventualmente ello trajo un pequeño contingente de entusiastas turistas nueva era que al poco tiempo emigraron, incapaces de establecer un diálogo fructífero ni con los habitantes, ni con el clima, ni con la naturaleza de Frog. No es un lugar para vivir, en absoluto, decían.

Debido a ese brevísimo entusiasmo inicial se empezó a construir un pequeño museo en Frog, el cual no prosperó y quedó inconcluso. Dicha estructura sirve de depósito de leña para los habitantes y de refugio de perros descarriados. En Frog, valga acotar, se estima que hay un perro por cada diez habitantes, sin embargo, se cree que ninguna familia los tiene como mascotas; simplemente vagan y devoran lo que encuentran. Son como enormes ratas que limpian las calles y que se reproducen con mesura. Se trata de perros mudos, no se sabe si por alguna predisposición genética o por algún tipo de intervención quirúrgica realizada por los habitantes de Frog a estos animales.

En fin, Frog pasó de moda. La última referencia pública a este sitio fue cuando un grupo musical pop de tercera categoría dedicó una canción y un videoclip a Frog y esa palabra se volvió un eco radial durante cuatro semanas; después todo el mundo la olvidó.

Salvo las noticias ya referidas, es poco el material bibliográfico y hemerográfico que se consigue sobre Frog. En Internet hay algunas notas donde se menciona a Frog de pasada, sobre todo en alusión al armamento que se halló y a los lingotes de oro de cuyo paradero nadie supo. Los periódicos regionales no le dan cobertura. No hay noticias de ese lugar. Aparentemente nada ocurre allí, o lo que ocurre no se barniza con el cariz de la trascendencia. Se dice, por ejemplo, que si alguien roba algo (cosa que rara vez ocurre) aparece quemado como por un rayo y con las manos amputadas, sin juicios, sin quejas, sin algarabía. Claro está que esta última afirmación se basa en simples rumores de visitantes esporádicos y no en el registro de algún investigador minucioso.

Al menos desde la mirada del forastero, en Frog no hay novedades, y la ausencia de estaciones o de variaciones climáticas significativas hace que el tiempo sea eterno, lento, flojo, como un espeso plato de avena. La gente allí se muere de vieja, de hastío. Tienen un cementerio vertical, es decir, una fosa de medio kilómetro de profundidad en la que van arrojando los cadáveres a la profundidad de la Tierra.

II

Frog aparece en algunos mapas viales recientes, pero su grafía suele variar entre Frog, Frogg y hasta Frock.

Es difícil llegar a Frog sin ayuda de un baquiano o sin haber ido anteriormente y tener buen sentido de la orientación.

Se dice que la mejor forma de llegar a Frog es por error. Y así fue como llegaron Andrés y Ana. Su destino era la península de Paraguaná, pero entrando a Lara erraron la ruta y tras atravesar

estrechos y oscuros vericuetos, evadiendo vacas y cabras en el camino, llegaron a Frog.

Sin importar la fase lunar, las noches en Frog siempre tienen un halo plateado. Algunos atribuyen este efecto al río *Arawac* que desemboca en una serie de arroyuelos silenciosos y colmados de piedras color plata que emiten un resplandor casi eterno. Durante algunos años se corrió el mito de que en Frog había minas infinitas de plata, pero esas piedras no eran más que simples rocas metamórficas y sedimentarias que juntas (sólo juntas) producían un argentado efecto bajo las aguas mansas de los fríos arroyos. De manera que una noche en Frog no es tenebrosa por lo oscura; sin embargo, es temible por lo iluminada, así que quien de noche se pierde en sus caminos tarda en darse cuenta que se ha extraviado hasta que se empieza a topar con senderos que son interrumpidos de manera abrupta por empalizadas coronadas con púas o por el muro de una casa grande, de apariencia abandonada, con un letrero que dice Museo, pero que en realidad es una casa llena de perros mudos y sin nombre.

Era su viaje de luna de miel y no habían podido estar juntos desde que firmaron el contrato nupcial en la jefatura la tarde anterior. Un viaje que prometía ser breve se había convertido en un divagar de más de seis horas. Ana sólo quería llegar a su destino final sin dar más rodeos y, a estas alturas del viaje, lo mismo le daba llegar al turístico pueblo de Adícora que a un desconocido caserío de costumbres inciertas.

En vista de que Frog no tenía plaza Bolívar, jefatura, ni otro centro neurálgico tuvieron dificultad para ubicarse, o al menos para sentir que estaban realmente en algún sitio. Dado que necesitaban de alguien que los orientara para salir del laberinto, decidieron estacionarse junto a una hilera de casas cuyo interior parecía iluminado por velones de luz trémula.

En una de las viviendas escucharon un vago rumor como de niño llorando, pero se apagó apenas se bajaron del automóvil. En esa estrecha calle había un puente y bajo éste un riachuelo que apenas sonaba, pero su agua, plateada de piedras, parecía fluir con espumosa rapidez.

Ana tenía frío y Andrés se moría de ganas de orinar. Antes de avanzar por la calzada rumbo a alguna puerta, él se detuvo tras un muro derruido, dispuesto a vaciar su vejiga. Justo cuando se comenzó a bajar el cierre del pantalón, una botella de vidrio zumbó junto a su oreja y se estrelló e hizo pedazos contra un tronco. Entre apenado y aterrado, se aguantó las ganas y se devolvió junto a Ana que estaba acostada sobre el capó del vehículo con ambas manos dentro de los bolsillos de la chaqueta y un cigarrillo en su labio, apagado.

Las puertas más cercanas no les inspiraron confianza, sobre todo por el diseño antropomorfo de sus aldabas. Así que caminaron varias puertas más antes de tocar en una puerta que carecía de cualquier tipo de adorno. Mientras esperaban a que alguien les abriera, un trío de perros se les acercó a olisquear sus pies. Si bien no mostraron los dientes, se movían en amenazadores semicírculos como el depredador que se sabe muy superior a su presa. Ana dijo que tenía miedo y frío y Andrés sonrió antes de abrigarla con un abrazo, pero temblaba de las ganas de orinar así que no fue un abrazo lleno de la seguridad y la calidez que ella esperaba de su recién esposado.

Un joven flaco y largo les abrió la puerta sin decir palabra. Luego de mirar hacia afuera, como para asegurarse de que estaban sólo ellos y nadie más en la calle, dibujó una mueca intraducible en palabras. Ana tembló un poco más en los brazos de Andrés y él sintió que una gota de orina caliente comenzaba a abrirse paso, pero logró retenerla. Una persona de sexo indeterminado y mucho mayor que el joven, salió de una habitación y fue quien atendió a la pareja.

Tanto para romper el silencio como por la salud de su vejiga Andrés preguntó si le podían prestar un sanitario y la persona dijo que no, y tras una pausa (casi ensayada) aclaró en tono áspero que estaba dañado. Cuando Andrés preguntó cuál era la forma de retornar a la carretera principal, la persona les indicó que debían seguir derecho y doblar a la izquierda en la tercera calle. Luego cerró la puerta; se escuchó que ajustaron los cerrojos por dentro.

Andrés y Ana volvieron al vehículo, rodaron un trecho y en una calle libre de viviendas cercanas Andrés se dedicó a orinar durante tres deliciosos minutos sobre las aguas del riachuelo. El chorro amarillo produjo una espuma verde que, algo compactada cual barcaza deforme, fue arrastrada con paciencia por la corriente fluvial.

Al regresar al interior del auto, Andrés notó que Ana seguía temblando de frío pese a que la calefacción estaba al máximo. Discutieron sobre la posibilidad de que se agotara la gasolina y sobre la posibilidad de que ella tuviera fiebre. Él sacó del asiento de atrás una botella cuadrada y le ofreció un trago de ron que ella despreció. Cuando reanudaron la marcha, se percataron de que un nutrido grupo de desnutridos perros los seguían a paso lento.

En la tercera calle el único desvío posible era hacia la derecha, pues no había cruce hacia la izquierda. Repitieron en voz alta lo que había dicho el viejo de la casa y optaron por seguir en línea recta hasta encontrar un cruce a la izquierda.

Avanzaron a toda marcha por la calle poblada del rumor de manantiales que corrían a velocidades distintas. Ana pidió un encendedor para prender su cigarrillo, Andrés buscó en vano en el bolsillo de su camisa, así que le indicó a su recién desposada que buscara en la guantera; ella revolvió con desespero e irritación mapas, un par de revistas, los papeles del carro y una linterna. Este

periplo no tenía nada que ver con lo que ella habría esperado de su luna de miel. El desespero de ella contagió a su vez a Andrés, quien pensó en ese instante que una luna de miel era precisamente eso que estaban viviendo: el inicio del desastre irreversible en que terminan muchos matrimonios; así que no se mortificó con que el error estuvo en la elección de la pareja o en la escogencia del destino turístico, sino en el hecho de no haber calibrado el alcance inexorable del destino.

En esas cavilaciones estaba cuando se inclinó por un segundo hacia la guantera a rescatar el yesquero y de pronto un golpe contundente y seco resonó en el parachoques. Antes de erguir la cabeza frente al volante ya había frenado. El panorama seguía tan vacío como antes. Ana tembló, esta vez a causa de un frío mucho más interno como causado por electricidad, pensaba ella. Andrés se cercioró por el retrovisor de que no había nadie detrás de ellos, miró a los lados y al frente. Dijo que quizá fue un perro; se bajó del automóvil y le dijo a Ana que estuviera quieta. Le encendió el cigarrillo y conservó el yesquero con él. Al momento, ninguno se dio cuenta de que lo prendió al revés, sólo ella, más tarde, cuando la segunda o tercera bocanada le supo a plástico.

Andrés caminó hacia delante del vehículo, miró hacia el río que ahora lucía profundo, manso y refulgía en los lugares donde se acumulaban las piedras. Sus aguas parecían tan quietas que pensó que quizá podría estar congelado, y trató de imaginar cómo sería la apariencia de un río congelado en los países de muy al norte o muy al sur; soñó brevemente con una cresta de agua dulce, como una ola, congelada en el justo momento antes de caer y disolverse en espuma. Avanzó un poco más, hacia unos matorrales a la orilla del río. Vio un bulto negro y se horrorizó al pensar que se trataba de uno de los perros que los habían estado siguiendo. Temió que la manada los

persiguiera para cobrar venganza. Pensó que los mamíferos son vengativos por naturaleza. Cuando se acercó más al pequeño cuerpo se dio cuenta de que no era un perro sino un niño de unos cinco años, envuelto en una especie de batola oscura, de una palidez verdusca en el rostro y con los ojos abiertos.

Andrés miró a su alrededor, luego miró hacia el auto. Ana se acariciaba el cabello y miraba hacia la distancia, hacia lo lejos, que es lo mismo que decir hacia adentro. Andrés sabía que desde donde estaba, ella no podía ver lo que había oculto entre la maleza. Andrés tocó el cuerpo. No tenía rastros de sangre, pero sí una evidente contusión tricolor en la sien. Estuvo allí un rato, de cuclillas, le tocó el pecho y el cuello para ver si detectaba alguna pulsación. No había nada que hacer, y sin embargo lo atacó el pensamiento de que ahora, desde ese instante decisivo de su vida tendría mucho, demasiado que hacer. Con los pies, porque ya no quería tocarlo más, hizo rodar el cuerpo por la pendiente. Se detuvo un rato mientras lo veía hundirse en el río que lo tragó con lentitud, y esa lentitud, pensó él, era garantía de que se hundiría bien al fondo, para siempre.

Escrutó el suelo para ver si había quedado algún rastro de la vestimenta del niño u otro objeto de éste. De regreso al auto, caminó con la cabeza gacha examinando el terreno. Aminoró el paso cuando estuvo frente al capó para mirar de reojo si había algún rastro visible de sangre, tela u otra evidencia en el parachoques del vehículo, pero todo lucía impecable.

Ana abrió los ojos justo cuando él encendió el motor. No estaba dormida sino con los párpados bajos. Andrés se limitó a decir que era un perro viejo y que mejor se iban pronto antes de que llegaran los otros. Ana se limitó a asentir con la cabeza.

Avanzaron con lentitud y con las luces del auto apagadas, en vez de torcer a la izquierda en el siguiente cruce, siguieron recto un buen trecho. Ana fingía dormir o al menos eso le parecía a Andrés.

No hablaron hasta que, después de media hora, lograron hallar una salida hacia una carretera en la que se avizoraban algunos vehículos. Se sintieron felices, pero por separado: aunque la razón de la alegría era la misma, no la compartían.

Aunque faltaba poco para el amanecer, decidieron dormir unas horas en cualquier hotel antes de seguir su rumbo.

Al bajarse del auto, Andrés comenzó a temblar como si hubiese caído en una piscina de hielo. Le pareció una eternidad el camino hacia la recepción. Ana se durmió apenas su cuerpo tocó el colchón, pero él anduvo toda la noche haciendo *zapping* en los canales del cable. Cuando recién había logrado conciliar el sueño, se despertó de golpe y buscó entre su ropa el encendedor. Imaginó de pronto la pieza de plástico en un laboratorio de criminalística, empapado de sus huellas dactilares y de su ADN. Buscó y rebuscó en todos sus bolsillos sin hallarlo, y cuando había tomado la resolución de ir hasta el vehículo para ver si estaba allí, Ana murmuró medio dormida que si quería fumar buscara el yesquero en su cartera. Andrés buscó y en efecto allí estaba. Sin embargo no fumó, sino que se limitó a prenderlo una y otra vez hasta que le dolió la yema del pulgar.

Ya al amanecer retomaron su plan original de ir a la posada que habían reservado cerca del mar. Las dos primeras noches Andrés no pudo tener una erección decente, pero a la tercera se reivindicó. Además de tomar sol, tomaron un curso de pesca en el que Andrés no dejaba de preguntar a los instructores el porqué los peces muertos no se hunden en el agua sino que flotan.

El regreso a su hogar fue raudo y lleno de un silencio interrumpido cada treinta minutos cuando Ana le preguntaba si él la amaba y él respondía, con los ojos fijos en la autopista, que sí.

III

Cuatro años después, mientras almorcaban en un restaurante italiano en compañía de otros amigos, Ana le preguntó a Andrés si recordaba su luna de miel. Incómodo y algo cortado, Andrés se limitó a decir que la luna de miel con ella era todos los días, sin que para ello tuvieran que viajar a ningún lado.

De súbito y en secreto, Ana le preguntó si era una hembra o un varón. Andrés palideció, pero trató de mantener la compostura.

—Siempre he estado con esa duda, pero nunca me atreví a preguntarte —añadió Ana.

Andrés respondió que no recordaba. Bebió hasta el fondo su copa de vino, y luego agregó que la verdad era que no sabía.

Un compañero los interrumpió festivamente y les dijo:

—Ya va siendo hora de que encarguen un pequeño, ¿no? —y rió.

—Sí, ya es hora —repitió Andrés sin énfasis.

Y luego la conversación derivó hacia otros temas, los precios del petróleo, los dólares falsos que andaban circulando por ahí o la clasificación de los equipos de fútbol de esa temporada.

Entretanto Ana pensaba (suponemos) que también les haría falta un perrito de mascota.

ALGUIEN LLAMADO JONES

Las llamadas por teléfono comenzaron seis semanas después de que se hizo público el veredicto.

Era la segunda ocasión que a Charly le tocaba ser jurado en algún tipo de certamen literario. La primera vez que desempeñó ese rol fue en un concurso universitario de relato breve donde el número de participantes fue escaso, alrededor de veintidós, y en donde no hubo mayor dificultad en escoger al ganador, cuya obra no era nada original pero al menos era más digna que la del resto de los participantes. Fue una tarea tan fácil que Charly despachó las veintidós lecturas mientras almorcaba en una mesa de plástico frente a la piscina de la universidad, bajo el constante ruido de los cuerpos que se estrellaban en el agua y los pitos desesperados de los entrenadores.

Pero la segunda vez fue diferente. Charly era uno de los tres jurados de un concurso de considerado de envergadura en ciertos ámbitos. Se trataba del premio de novela N & N, convocado por una editorial cuyo prestigio se había ido consolidando en las últimas dos décadas a punta de descubrir muchos nuevos talentos y publicar unos cuantos. En promedio, al menos en las últimas cinco convocatorias, se recibían para este concurso unos 180 manuscritos cada año proveniente de varios países de Suramérica.

En realidad, Charly fue convocado como jurado en calidad de suplente, pues uno de los que conformaban el trío original no pudo asumir esta tarea por algún tipo de enfermedad visual de la que Charly no quiso preguntar mucho. Aunque era muy joven en comparación con los otros dos, Charly había acumulado credenciales

debido a sus ensayos críticos publicados en blogs, revistas y un par de antologías. Así que no se sintió sorprendido, aunque sí ligeramente halagado, ya que consideraba que estaba bien justificada su capacidad para asumir ese delicado y comprometedor rol en un concurso tan reputado. Quizá lo único que lo incomodó al principio es que tenía un mes de desventaja con respecto a los otros dos jurados para leer y ponderar las 169 novelas enviadas en esa edición.

Charly se tomó tan en serio su tarea que se dedicó exclusivamente al concurso durante los casi dos meses de sus vacaciones universitarias. Y aunque hubo al menos setenta novelas que descartó a la tercera página, se tomó la tarea de leer la centena restante hasta la última línea. Incluso llegó al punto de escribir un breve informe por cada una de las novelas que él consideró que podían entrar en el grupo de las veinte finalistas.

Luego de puntuales reuniones con el resto del jurado, a las que Charly llevó sus informes impresos por ambas caras, fue fácil llegar a un consenso pleno sobre la obra ganadora. La deliberación final tuvo lugar en la terraza de la editorial N & N, donde junto a los organizadores del concurso se firmó el acta en que constaba que la novela vencedora, titulada *El sendero triangular*, fue presentada bajo el seudónimo “Madame Polidori”, y al abrir la plica se pudo conocer que el nombre de la autora era Daniela Pinoglia.

Para Charly fue una grata sorpresa saber que el galardón recayó en la figura de la conocida Pinoglia. Si bien no supo reconocer en el texto leído la textura de su voz, al menos se sintió complacido por haber seleccionado a una escritora de esa talla. Además del placer de haber descubierto una gran novela, Charly pensó que lo mejor de haberla elegido es que podría conocer a Pinoglia en persona. Había admirado y comentado su obra en un par de ensayos, pero nunca había tenido la oportunidad de intercambiar palabras con ella, ya que

Pinoglia no vivía en Caracas y muy rara vez se le veía en eventos públicos.

El día de la premiación, seis semanas después del veredicto, Charly llevó todos los libros de Pinoglia para que se los firmara; pero al llegar al hotel donde tendría lugar la celebración, Charly pensó que se vería estúpido al incomodar a Pinoglia de esa manera, así que dejó todos los libros en la maleta del *Chevette*.

La verdad no intercambió muchas palabras con Pinoglia, quien por lo demás era muy silenciosa. Y como no quería parecer zalamero, trató de evitar comentarios sobre su obra. Esa misma noche empezó a escribir un estudio crítico de profundidad sobre la obra de Pinoglia, haciendo énfasis en su recién premiada novela. La idea fue sugerida por el editor en jefe de N & N, para que el texto de Charly acompañara la primera edición del libro, lo cual para él sería una gran oportunidad de “darse a conocer” (?) pues la novela circularía simultáneamente en varios países del continente.

Suspendió otros compromisos que podían esperar un poco más y se sumergió de lleno en el triángulo verbal de Pinoglia.

A un cuarto para la medianoche sonó el teléfono de su casa.

En ese momento, y en los días subsiguientes, Charly no sabía que sería la primera de muchas llamadas, así que ese calificativo de “primera llamada” se lo colocó mucho después cuando pudo aglutinar la totalidad de los hechos disponibles y así adjudicar un comienzo (la primera) y un final (la última).

El interlocutor al otro lado del teléfono saludó con naturalidad, como si conociera a Charly, pero con un acento áspero como si el saludo llevara implícito algún tipo de reclamo.

Soy Jones —dijo.

Charly, concentrado en avanzar en el ensayo que estaba escribiendo, lo despachó rápidamente sin darle importancia.

—Creo que está equivocado de número, adiós —dijo y colgó el auricular para devolverse a su escritorio. Pero no se había sentado de nuevo cuando volvió a repicar el aparato.

—Soy Jones. No cuelgue, por favor.

—No conozco a ningún Jones. Adiós.

—Bueno, Jones fue el seudónimo que utilicé. ¿Tiene memoria de *El vacío haber*?

Charly dedujo que ese nombre aludía al título de alguna de las obras enviadas al recién fallado concurso, pero se hizo el desentendido.

—¿En serio no se acuerda? ¿Los hermanos Segundo y Octavio? ¿No le suenan? La vaguedad infinita es la forma como describí a la enfermedad verbal de Octavio. ¿Y el bosque de concreto? ¿Nada? — Hubo una breve pausa en el habla, mas no un silencio—. Usted es Charly Díaz, usted fue jurado y este es su teléfono —concluyó Jones con la energía del abatido que juega la última carta de la desesperación.

—Disculpe voy a colgar, estoy trabajando —respondió Charly, inquieto porque se le estaba evaporando una idea que ya tenía bien redondeada y que ahora le costaría algo de trabajo volver a formular en los exactos términos en que lo había hecho hace pocos minutos.

Pero Jones insistió, ahora más reposado:

—Le pido que haga memoria. ¿Le repito el nombre de la novela?

—De verdad no es necesario. Suerte —dijo Charly antes de colgar, quizá sugiriéndole que participara en otro concurso con su vacua obra.

Jones no volvió a llamar a Charly sino hasta dos días después y a una hora más decente. Lo primero que hizo fue disculparse por el tono misterioso de la primera llamada. Le aclaró que lo único que deseaba saber es si le había gustado su novela y si había entendido el mensaje. Frente al silencio de Charly, Jones creyó prudente repetir el título de la novela, pronunciando cada sílaba con la mayor exactitud posible: *El vacuo haber*.

A pesar de los rigurosos métodos de lectura y selección que Charly empleó para el concurso, no le sonaba en absoluto ese título y asumió que era del lote de manuscritos descartados en la primera ronda.

Jones repitió la pregunta. Quería saber si Charly había entendido el mensaje.

Charly pudo haber insistido en que no recordaba la obra en absoluto, pero se arriesgó a decir que ni le había gustado ni había captado ningún mensaje. Pensó que con eso Jones se quedaría tranquilo y no lo llamaría más.

Lo sorprendió la respuesta de Jones, quien replicó con paciencia como descubriendo un secreto:

—Claro, no pudo haber comprendido el mensaje si no le gustó. Gústele y luego hablamos.

Charly quedó algo desencajado. Jones colgó sin que a Charly le diera tiempo de decirle que había destruido ya todos los manuscritos enviados, tal como rezaban claramente las bases del concurso. En realidad había despedazado ya algunos pocos en la trituradora, pero

aún le faltaban muchos, entre ellos las 220 páginas encuadradas de *El vacuo haber*. Charly se dijo que al día siguiente destruiría el resto, al tiempo que, paradójicamente, apartó el texto de Jones y lo colocó sobre su mesa de trabajo, junto a los papeles que había adelantado sobre el estudio crítico de Pinoglia.

Lo peor de las llamadas no era la sensación de acoso por parte de un desequilibrado mal perdedor, sino el hecho de que Charly perdió la concentración y el buen ritmo que llevaba en el ensayo sobre la obra de la autora de *Memorias imposibles*, *El barco de estraza* y, la aún inédita, *El sendero triangular*. Incluso sintió que hubo un retroceso, ya que no veía el modo de engranar las partes que había construido, y que, si bien antes entendía como un todo armónico e innovador, ahora le parecían pedazos absurdos de una catástrofe retórica. Pensó que si Jones volvía a llamar concertaría una cita con él para golpearlo y descargar en el rostro del desconocido su frustración. Entonces trató de imaginarse cómo podía ser Jones y lo supuso de unos cuarenta y cinco años de edad, con un bigote bien cuidado y chaqueta de cuero negro. Pero Jones no llamó en los cinco días siguientes, en los cuales tampoco Charly logró escribir ni una línea más sobre Pinoglia.

Mientras deambulaba por el pasillo de biblioteca de la facultad, a Charly se le ocurrió la idea de llamar a los organizadores del concurso para ver si ellos le podían revelar la identidad del tal Jones. La idea lo entusiasmó a tal punto que olvidó su cita con Camila, una pelirroja que atendía la sección de libros raros en la biblioteca. Pero los organizadores del concurso le respondieron en un lenguaje corporativo que ya habían destruido todos los manuscritos de respaldo recibidos, así como las plicas que contenían cada una de las identidades de los concursantes.

Luego de dar dos vueltas poligonales por el campus, se metió en una sala de computación para enviar sendos correos electrónicos a los otros dos integrantes del jurado preguntándoles si ellos recordaban algo de una novela presentada bajo el seudónimo Jones. Ambos respondieron esa misma tarde: a ninguno le sonaba en absoluto ese nombre. Charly comprendió que Jones lo había estado llamando sólo a él.

En la noche, Charly consideró que no tenía otra alternativa que leer (o releer) la novela de Jones. La examinó antes, abanicó sus páginas y se sintió avergonzado de buscar entre ellas un papel encartado o algo similar a “un mensaje”.

Las dos primeras páginas le permitieron redescubrir lo que ya sabía: no había, al menos en esas 52 líneas iniciales, nada que lo cautivara ni que sonara prometedor. Sin embargo, hizo el esfuerzo por continuar leyendo sin prejuicios.

Aunque no terminó de leerla completa era posible resumir la trama de la historia: el profesor Octavio H. es enviado, como parte de una misión militar, a alfabetizar en español a una población rural en el punto más al sur de la frontera de Venezuela, pero al cabo de varios meses es él quien se devuelve hablando el idioma de ellos, de paso ha olvidado casi por completo su lengua natal y por consiguiente ha olvidado casi por completo el modo de ver el mundo; el contraste se trata de evidenciar más aún con el hermano de Octavio, llamado Segundo B., quien aunque es políglota no ha hallado aún el idioma adecuado para expresar algunos sentimientos que ni él sabe que siente (sic).

Luego de leer más de la mitad y dejarlo hasta ahí, el título le pareció a Charly más desagradable todavía. Consideró que lo mejor de ese manuscrito era sin duda la escogencia del seudónimo Jones.

A pesar de que le dieron una prórroga de cinco días para concluir el estudio crítico sobre Pinoglia, pues el libro ya estaba a punto de entrar a imprenta, Charly no logró terminarlo, así que la editorial optó por publicar una especie de biografía literaria sobre Pinoglia, acompañada de una breve reseña de su obra y unas cuantas páginas en blanco de cortesía. Por supuesto, Charly no se presentó al bautizo del libro, era muy grande la vergüenza y muy irrisorias las disculpas que podría dar a viva voz por no haber cumplido con la entrega del material.

Al día siguiente de la presentación de *El sendero triangular*, Jones volvió a llamar. Le dijo con tono familiar, casi reconfortante:

—Supe lo del libro de Pinoglia, me refiero a lo del prólogo. No se inquiete. Este mundo es pequeño, ¿cuántos somos?, ¿mil?, ¿dos mil?

Charly no comprendió lo que Jones pretendió decir con esas cifras, pero tampoco quiso buscarle más la lengua, así que dejó el asunto hasta ahí.

En ese instante pensó en decirle que no lo volviera a telefonear, caso contrario se vería obligado a avisar a la policía, pero la frase y la sola posibilidad de ese hecho eran tan ridículos que se contuvo. Se limitó a decirle con cortesía, aunque con algo de exasperación, que no tenía intenciones de hablar de su manuscrito, que para él ya era un caso cerrado.

Jones pareció no haber comprendido las palabras de Charly, porque le dijo:

—Puedo mandarle otra copia si así lo desea. Sería muy bueno para ambos que la leyera de nuevo. Hay un par de frases que creo que no se leyeron con atención en su momento, me refiero a cuando usted recibió el manuscrito por primera vez de parte de los organizadores

del concurso. En fin, se la enviaré en papel a su casa, ¿o prefiere una copia digital por correo electrónico?

Charly cortó la llamada y de inmediato volvió a repicar el teléfono. Lo observó chillar sin atenderlo, como si con la vista pudiera captar las vibraciones y los mínimos movimientos de cada músculo del aparato. Finalmente cesó de sonar. Supuso que repicaría de nuevo pero no fue así. Cuando retiró la mirada del aparato y se disponía a prepararse un plato de cereal en la cocina, Charly escuchó el pitido intermitente y remoto de su teléfono celular. Era una llamada de un número desconocido, obviamente Jones. Apenas atendió la llamada, Jones prosiguió su conversación en el mismo tono en que venía hablando unos segundos atrás, como si no hubiese habido ningún bache, como si simplemente hubiese puesto pausa a una grabación y luego hubiese hundido el botón de *play*.

—¿En papel o por e-mail?

Para evitarse el riesgo de que Jones inquiriera sobre su dirección de habitación, Charly le confesó que aún conservaba su novela impresa encima de su escritorio.

Jones no se mostró ofendido de que Charly puso en evidencia que le había mentido anteriormente; se limitó a decir que igual podría enviarle eventualmente alguna carta para así evitar las llamadas, admitió que éstas podían resultar incómodas en ciertas circunstancias.

—No tengo buena letra, pero me encanta la caligrafía, los sobres, los sellos, las estampillas, la espera y esa pequeña invasión a la intimidad que es el correo físico.

Más por curiosidad que por reclamo, Charly le preguntó que cómo sabía sus números de teléfonos y su dirección.

—Como le dije, creo que mil incluso es un número muy grande. Yo diría que setecientos como máximo. Somos pocos en este mundo, y eso que estoy incluyendo a gente como yo.

Charly pensó que Jones era tan solitario como él. En ese momento se acordó de Camila, de su cabellera escarlata. Empezó a masturbarse lentamente pensando en ella, recordando el día en que la acompañó en los anaqueles de la biblioteca y sintió el contacto de sus pezones blandos y posiblemente enormes y rojos como su pelo; pero eso fue hace tiempo ya, y tenía la certeza de que después del último desplante que le hizo, no se volverían a ver, al menos no mutuamente a los ojos; así que su erección se desvaneció como una pequeña montañita de arena vencida por el viento.

A la tarde siguiente le llegó una carta de Jones. No le había sido mandada por correo postal sino aparentemente llevada por un particular que la deslizó por debajo de la puerta. El sobre, sin dirección de remitente, contenía una página de bloc escrita a lápiz con una caligrafía muy ornamentada. Decía:

“Aunque sin sellos, sin estampillas y sin espera es una carta lo que tiene entre las manos. Quería redondear y reiterar la idea que he venido exponiendo quizá no con las palabras adecuadas: la novela de Pinoglia es una buena novela, de hecho es muy buena, pero sólo es una muy buena novela más. Hasta allí. Creo, con todo respeto (y hasta ahora el respeto, pese a mi insistencia, ha caracterizado esta floreciente relación entre usted y yo), que usted tomó la decisión incorrecta, no tanto en premiar la novela de Pinoglia sino en no premiar la mía, y no sólo en no premiarla (ese error es excusable), sino en no considerar hacerlo ni siquiera. Pero a estas alturas no lo

juzgo; lo invito a leer mi novela de nuevo esta semana, con calma, de principio a fin. El cafetín de la escuela de Medicina donde a veces usted suele almorzar es un ambiente propicio para esta lectura. Sinceramente, Jones”.

Charly no pudo evitar que una breve sonrisa se le impusiera en el rostro. Y si bien en otro momento esa carta lo hubiese llevado al colmo de la angustia, en este instante se lo tomó como un juego, a tal punto que para seguir esa corriente, tomó un bolígrafo de tinta roja y escribió al final de la carta, en letra de imprenta y justo debajo de la firma, la palabra No. Y pensó que le hubiese encantado que alguien lo estuviera viendo mientras hacía ese gesto, que lo escrutaran lentamente en un ángulo en picado y luego en contrapicado, antes de desvanecerse a negro para pasar a otra escena.

Y a pesar del no rotundo que estampó en el papel, interpretó las palabras de Jones como una especie de cita a ciegas. Así que los días siguientes frecuentó el cafetín de Medicina a la hora de almuerzo, muy pendiente de si veía a alguien diferente, aunque no sabía qué buscaba; en principio podía ser un hombre blanco, de cuarenta y tantos años, con bigote y chaqueta de cuero negra, o quizá un tipo negro, con cabello estilo afro o amarrado con una cola, quizá encorbatado, o tal vez alguien con sobretodo, sombrero y una pipa humeante.

La última vez (dentro de esta historia) que Charly fue al cafetín de Medicina, fue para reunirse con una tesista de la Escuela de Letras. Aunque no era su tutor, la estaba asesorando como un favor a un colega. La chica, quizá Rebeca o Lorena, lo mareó a tal punto que Charly se limitó a decirle que sí a todo. Ella pretendía hacer un análisis crítico de una novela que ella misma estaba escribiendo y lo que escribiera para su crítica iba a su vez a constituir nuevo material para la novela y así hasta el hastío en el montaje y desmontaje de un

discurso dialógico entre la crítica como creación y la creación como crítica. La mayor duda de la prepotente y cándida Rebeca era “cómo incluir algo de Michel Fuck-off (sic)” en ese desconcierto.

Cuando la chica finalmente se fue con su docena de carpetas de colores, Charly quedó tan aturdido que sintió ganas de vomitar el almuerzo. Se apuró hasta el baño del cafetín, pero cuando se arrodilló frente al retrete se sintió mejor sin necesidad de regurgitar. El manuscrito de Jones, que recordaba haber dejado junto a su bolso en la repisa del lavamanos, ya no estaba. Salió del baño, miró alrededor y no logró ver a nadie a través de la tenue cortina de agua que estaba inaugurándose en la ciudad.

Charly estaba seguro de que lo había llevado consigo, era inconfundible ese anillado color esmeralda. De todos modos, lo buscó dentro del carro y luego en su apartamento. Revolvió la mesa, papeles, libros, buscó en la sala, debajo de la cama y hasta en el baño, donde también amontonaba cierto tipo de libros, y lo único que encontraba a su paso eran los papeles inconclusos sobre el neonato ensayo sobre Pinoglia.

Los tres días sucesivos se le hicieron interminables hasta que por fin Jones lo llamó. Cuando Charly le contó del material perdido, Jones no se mostró ni sorprendido ni molesto. Dijo que se le había ocurrido algo mejor que quizá fortalecería el nexo comunicativo entre ambos. A partir de las próximas horas le comenzaría a enviar la novela por fragmentos, para así dosificar, jerarquizar y distribuir frases y momentos puntuales de su novela que, según sus propias palabras, era su primera, última y suficiente obra.

Charly se quejó. Sin decírselo explícitamente quería hacer un informe detallado de la novela, sobre todo para desestimarla con meticulosos argumentos académicos y así Jones se buscaría otro

jurado a quien molestar. Además, tenía la curiosidad por saber en qué terminaba, pues no negaba la posibilidad de que en la última línea se topara con una epifanía, lo cual no querría decir que la obra tuviera algún mérito literario.

—Necesito volver a leerla para así poder evaluar la estructura, el ritmo, la evolución de los personajes; eso no puedo hacerlo en base a fragmentos. Mándamela, aunque sea por correo electrónico, y así salimos de este muerto.

Charly intuyó que Jones se ofendió en silencio; sin embargo, éste hizo caso omiso del último comentario y le replicó:

—De cualquier experiencia sólo quedan los fragmentos significativos. Es verdad que esos fragmentos, ni siquiera juntos, llegan a formar lo que fue la totalidad de la experiencia, pero sí pueden aproximarse a describirla e incluso pueden hacerse pasar por ella. Yo quería que usted me leyera completo para ver si era capaz de acceder a estos átomos de significado, pero como no me cumplió, vayamos directo al grano, a estos retazos fundamentales. Empecemos por allí, le iré mandando poco a poco.

Esta vez fue Jones quien colgó la llamada, eso sí con delicadeza y con educación.

Charly *narrativizó* los hechos y pensó que de algún modo se habían invertido los papeles. Pero luego corrigió: la verdad es que no era así. La verdad es que Jones seguía necesitando que Charly lo leyera y lo aprobara. En cambio Charly, aunque ahora quería tomarse su tiempo para releer a Jones, no lo quería hacer por necesidad, sino por capricho, por un deseo infantil de venganza, quería leerlo para diseccionarlo, desnudarlo y herirle la carne y la vergüenza.

El primer fragmento de la novela le llegó en forma de papeles adhesivos de varios colores pegados en la puerta de su apartamento. No estaban numerados, ni tenían ningún tipo de secuencia a seguir, así que los quitó y los guardó dentro de una carpeta sin preocuparse por el orden que debían tener.

Los *post-it* se repitieron a los tres días en el mismo lugar. Eran un poco más que la vez anterior (quizá unos veintitrés) pero todos de color amarillo, y cada uno con una sola palabra.

Sin mucho hincapié Charly trató de ordenarlos para que tuvieran algún sentido, pero no consiguió ni una expresión coherente.

Esa noche recibió un correo electrónico de Jones que decía: “Fin del primer paquete”.

A través de esa misma vía Charly le respondió con una pregunta. Deseaba saber su identidad. Le “explicó” que si quería que lo comenzaran a tomar en serio debía “mostrarse” más en vez de estar jugando.

La respuesta de Jones llegó en escasos minutos. En el correo electrónico decía que la única condición que pedía para revelar su nombre era que se revirtiera públicamente el resultado del concurso. Charly le replicó que era imposible, ya habían pasado más de tres meses y la sola idea era insensata.

Charly pensó que si ese mundo era tan pequeño como decía Jones, quizá podía ser hasta alguien conocido, un escritor de renombre que estaba bromeando, acaso la misma Pinoglia a través de la voz de un hermano, su esposo o un mercenario, hipótesis que resultaba más absurda que pensar que simplemente se trataba de un ocioso resentido que aprovechaba el tiempo libre de un doctor en Letras con el cuerpo lleno de frío.

En las líneas finales de ese correo electrónico Charly lo conminó a participar en otro concurso donde quizá hallaría un jurado más benevolente y sintonizado con su obra.

La respuesta de Jones fue de viva voz a través del auricular. Antes de atender, Charly dejó que el teléfono sonara varias veces mientras se acercó a la biblioteca a servirse un vaso de ron.

A Charly le pareció que la voz de Jones se oía agotada, como la de un enfermo terminal en el límite de sus fuerzas:

—No quiero volver a pasar por esto. Ya envié mi novela a una considerable cantidad de concursos y editoriales.

Charly le protestó, trató de convencerlo de que era más agotador ese periplo de llamadas y correos que igual no lo llevarían a ningún lado.

—Al menos ya tengo algo de terreno ganado y sería tonto de mi parte retroceder en este momento. Esas puertas, las editoriales y los concursos, ya fueron tocadas y hacerlo de nuevo sería volver atrás y la idea es ir hacia el frente, hacia delante, aunque sea caminando de espaldas.

El ron le estaba dando un poco de sueño a Charly, quien sin embargo seguía escuchando la voz de Jones.

Jones insistía en que lo más digno era apelar. Pero para ello necesitaba un aval, alguien con las credenciales necesarias para demostrar que la adjudicación del premio fue errada; alguien que demostrara que su novela merecía ser premiada, editada, vendida, leída, comentada, subrayada, estudiada.

Con el aliento tibio y amargado por la bebida, Charly respondió:

—¿Y si a pesar de mi respaldo no logras nada? ¿Qué más vas a hacer? ¿A cuántos más vas a llamar? ¿Harás una huelga de hambre televisada? ¿Te cortarás un dedo, la mano, las bolas? Es muy irreal, quizás con eso ganes un poco de publicidad, pero no despertarás más que un interés pasajero y fingido por tu obra.

Pero Jones no respondió y Charly tampoco agregó nada más y durante casi un minuto hubo un silencio eléctrico hasta que alguno de los dos cortó la llamada.

A los pocos días llegó al apartamento de Charly un paquete sellado. Era una caja rectangular que no pesaba gran cosa. Durante unos pocos segundos, la piel de Charly se erizó, temió encontrar allí dentro la mano de Jones, pero al abrirlo descubrió que se trataba de hojas en una carpeta. Asumió que se trataba de una nueva copia del manuscrito de *El vacío haber*, pero cuando lo examinó bien se percató de que ese manojo de papeles contenía la transcripción de todas las conversaciones telefónicas y de los correos que habían intercambiado en las últimas semanas.

De inmediato Charly le envió un e-mail preguntándole a Jones qué hacía con todo eso, que para qué lo había mandado.

Su lacónica respuesta, en absolutas letras minúsculas, fue:

—Archívalo en el expediente —y esa fue la última vez que supo algo de Jones.

LA REPÚBLICA DE FÉNNELLY

Inventamos la República de Fénnelly un martes por la tarde en el apartamento de Alberto mientras los viejos caobos de la ciudad eran deshojados sin piedad por una lluvia feroz que sacudía los cristales. Hacía varios meses, durante un concurso televisado de belleza, habíamos conversado sobre idea de inaugurar un territorio propio, despojado de los códigos éticos, estéticos y mercantiles reinantes.

En principio barajamos la posibilidad de fundar una sociedad secreta o un partido en el que sus miembros asistieran a sesiones regulares para debatir sobre temas puntuales, tomar decisiones con la aprobación de la mayoría, aplicar sanciones por indisciplina o desacato, nombrar y remover juntas directivas, elaborar estatutos, planes estratégicos y cincelar en letras cobrizas una agenda de proyectos y otra de promesas.

Pero la lógica o, quizá un dejo de ambición, nos hizo reflexionar que los alcances de un partido o de una sociedad eran limitados y que estaban supeditados a legislaciones, instancias y dinámicas superiores que acabarían condenándonos a sus leyes, por lo que lo más propicio era sin duda crear una nación en la que luego madurarían diversas instituciones, partidos, grupos, sectas, clubes y demás actores sociales.

Una vez que los cinco estuvimos de acuerdo en fundar nuestra propia República, consideramos que el primer paso era establecer sus coordenadas espaciales. Con humildad, admitimos que sería una nación de reducido tamaño, muy similar a esos principados que repliegan sus fronteras dentro de países más grandes o como esos territorios que se desmiembran de otros tras una sangrienta

declaración de independencia y quedan alojados como una especie de hígado autosuficiente y desligado del resto de las funciones corporales. Sin embargo, con más precisión, en nuestro caso seríamos una suerte de nación clandestina, una patria encajada dentro de otra, como una célula ajena y silente dentro del cuerpo, que tal vez se expandiría o tal vez se mantendría quieta dentro de sus breves y originarias dimensiones.

En nuestra por ahora pequeña nación de 90 metros cuadrados y tres de alto —que eran las dimensiones del apartamento de Alberto donde todos convivíamos alquilados— tendríamos un poderío pequeño pero manejable.

La primera acción fue determinar el nombre que le daríamos a nuestra patria. Tras insensatos juegos de palabras sucumbimos en un principio a la fatua determinación de darle una denominación numérica, quizá con una que otra letra mezclada en el intervalo de caracteres ordinales.

En medio de un debate infructuoso, Alberto insistió en la necesidad de mentar a nuestro territorio con el nombre de una persona, un prócer, un héroe. Pese a que Alberto esbozó la idea de que ese héroe fuera alguno de nosotros mismos en calidad de padres fundadores, la mayoría coincidimos en que eso hubiese sido empezar con el pie izquierdo. Nos considerábamos más bien mentes planificadoras, estrategas corporativos. Todos, menos Alberto, estuvimos de acuerdo con esta reflexión, tras lo cual decidimos que nuestra nación nacería con un nombre que nada representara o al menos que no nos vinculara directamente.

Un par de horas más tarde, Marisela se topó con un disco que fue propiedad del papá de Alberto. Olvidado en una gaveta de amarillentos documentos contractuales, lo vislumbramos como una

señal que al menos ameritaba una evaluación. En la portada se leía Michael Fennelly; un músico desconocido para todos. Por decisión unánime aprobamos el nombre y acordamos que no escucharíamos bajo ninguna circunstancia la música contenida en ese acetato y que tampoco revelaríamos a extraños el origen de nuestra denominación para que la partitura fundadora perviviera en un enigma idílico y que sus acordes ignotos no influenciaran de ningún modo las bases éticas o estéticas de nuestra naciente República. Andreína, siempre bella, siempre fresca, siempre aforística dijo que Fénnelly, en todo caso, significa el azar que nos busca y que eso nada quiere decir.

En fin, la palabra Fénnelly nos pareció encajar a la perfección para el nombre de una nación clandestina, precisamente porque esa palabra no remitía a un país sino a una tienda de lencería con precios de oferta.

Ya con un nombre, nos aplicamos a lo que sería el diseño de Fénnelly. Desde siempre nos había cautivado la cartografía cuadriculada de muchos países, y ahora estábamos felizmente condenados a establecer los límites de Fénnelly bajo la cuadrícula que imponía el apartamento de Alberto. Libres de realizar los trazos que nos vinieran en gana, se habló incluso de una patria de perfecta forma circular, pero advertimos que ello significaría sacrificar valiosos metros de espacio territorial, que en nuestras actuales condiciones era intolerable.

Andreína, la artista del grupo, fue quien asumió la tarea de dibujar nuestro primer boceto de mapa, nuestro primer espejo. Además de la rectitud de sus líneas, el mapa de Fénnelly se caracterizaba por proyectar sus límites no sólo hacia los lados, sino también hacia arriba y hacia abajo. Si Italia es una bota y Venezuela una especie de toro con trompa o de elefante con cachos, Fénnelly era un cubo.

Respecto a la geopolítica fennellyana lo que más nos hizo discutir (pues en cuanto a la cartografía no hubo mayor dilema) fue en qué punto establecer la capital de Fénnelly. Según Tobías y yo, la capital debía ser un punto muy pequeño, donde a lo sumo cupieran dos personas o una persona junto a su perro. En cambio, Andreína y Marisela defendían la tesis de que la capital debía ocupar todo el territorio y debía llamarse igual que el país. Alberto, en cambio, propugnaba que Fénnelly no tuviese capital dentro de sus fronteras, sino que se estableciera nominalmente dentro de algún sobre sellado y archivado, por ejemplo, en Suiza o las Bahamas, como si fuera un papel financiero que pudiera cotizarse y “resistir”, subrayó Alberto sin que nadie entendiera ni preguntara lo que quería decir.

Triunfó la tesis de que la capital debería ser un punto mínimo donde apenas cupieran un hombre y su perro. También resolvimos que la capital de Fénnelly figuraría en el mapa simplemente con el certero nombre de “Capital” y se ubicaría en el justo centro de la sala, que era también el centro del apartamento. Con este emplazamiento las comunicaciones con el resto de las regiones (baños, habitaciones, cocina, lavadero) serán equidistantes, lo que a su vez facilitará un desarrollo equilibrado del territorio de acuerdo a sus potencialidades, explicó Alberto en su jerga que cada vez tenía más inflexiones marciales que le daban más seriedad al asunto. Dicho esto, colocó en el justo medio de la capital un mesón de madera que serviría de lecho, techo, trinchera o sarcófago para albergar a un hombre junto a su perro.

Sobre las suaves manos de Andreína recayó también la responsabilidad de diseñar la bandera de Fénnelly, que por ahora sólo ondearía en la intimidad de nuestro reducido pero cálido territorio. Nuestro pabellón unicolor se componía de blanco sobre fondo blanco,

pigmentación que yo interpreté como un estandarte condenado a rendirse antes de empezar una guerra.

Ya con bandera, nombre y mapa procedimos a firmar oficialmente el acta fundacional en la que se dejó por escrito en la barroca caligrafía de Marisela el día de creación, los nombres de los primeros habitantes y la extensión territorial de Fénnelly. Al final del documento se dejó sentado la lapidaria frase “Seremos grandes y lejanos”, cuyo significado ambiguo y que admitimos no entender, sería un enigmático acicate para futuras generaciones.

Aunque alegres porque en pocos días ya habíamos avanzado tanto, por otra parte, también nos iban surgiendo interrogantes que nos tuvieron en vilo en las primeras horas de creados. Una de esas inquietudes la planteó Tobías: ¿Habría otra República de similares características a la nuestra, urdida en el anonimato, en la carencia de aeropuerto y de fronteras internacionales, y en la ocupación silenciosa de otra nación más grande? Había sólo dos posibles respuestas a esa pregunta: sí o no. Si confiábamos en que éramos los pioneros en idea semejante, continuaríamos con nuestro proyecto intacto, sin mirar atrás ni a los lados; pero si dábamos cabida a la posibilidad de que existieran otras naciones de igual tenor, sin duda había que clarificar desde ya las medidas a tomar: ¿Crear una confederación de repúblicas ocupantes?, ¿declararnos la guerra unas a otras?, ¿fundirnos bajo la figura de distantes archipiélagos de tierra para conformar un verdadero imperio transnacional?

Sin embargo, nuestra verdadera preocupación era la congoja que nos produciría el hecho de saber que nuestro proyecto no era inédito, sino que era una copia azarosa de un modelo ya existente, que no conocíamos porque aún estaba en el anonimato de algún sótano o azotea de Dhaka, Ontario o Lima. Nadie se tomó con gusto la broma

que hice respecto a que en China debían existir cientos de Fénnellys esperando su momento para salir a la luz. Para suavizar los ánimos expliqué que nuestra ventaja estaba en que saliéramos nosotros antes que ellos. Ya me estaba ganando la fama de apático, por lo que traté en lo subsiguiente de reducir mis comentarios.

Aunque nuestra rutina diaria de trabajo y estudios se mantuvo con la regularidad cotidiana de siempre, sentíamos que algo en el mundo iba cambiando desde la minúscula realidad del apartamento de Alberto. El interior del cubo iba tomando forma, textura interna; ya no era el mismo de hace dos años cuando Alberto decidió compartirlo en alquiler con cuatro compañeros de la universidad. Ahora era un territorio en ebullición que cada día abastecíamos con cajas de enlatados, libros, ropa, botellas de vino, velas, agua potable y suministros médicos, que Alberto se encargaba de ordenar en vista de que no tenía responsabilidades laborales o académicas como los demás y podía dedicar más horas a Fénnelly.

Una tarde, Alberto nos recibió con una emocionada sonrisa de padre primerizo mientras nos enseñaba un paño blanco, impecable. Era nuestra bandera recién confeccionada en uno de los almacenes del centro. La blancura del lienzo era tal que irradiaba una tenue luz blanca en toda la habitación y la suavidad de su textura invitaba a un fraternal cobijo, como una túnica para el eterno reposo. Desdoblamos la tela con el mismo cuidado que se acaricia una mariposa. Al menos yo tuve por un momento la impresión de que entre los pliegues descubriríamos algún preciado secreto. Una vez extendida, la bandera era como un mar lácteo que inundó por instantes el suelo fennelliano; la colocamos estirada sobre la pared más larga de la sala y la contemplamos con mirada solemne un buen rato. El ojo izquierdo de Alberto dejó correr una breve gota de agua, pero nadie lo secundó ni le dijo nada.

Entre vino tinto, embutidos y aceitunas, las tardes en Fénnelly se fundían con madrugadas plácidas y cada vez que salíamos nos despedíamos con el mismo afecto y melancolía de que quien abandona su país aunque sea por un par de días.

Aunque todos nos tomábamos en serio lo de nuestra nueva patria, quien iba un paso más adelante era Alberto. No exigió que asumiéramos compromisos a su nivel, en el sentido de desprendernos de nuestras obligaciones del mundo exterior, pero sin embargo su dedicación exclusiva a Fénnelly fue creando las condiciones para que se auto adjudicara roles que de algún modo irían perfilando nuestro destino patrio.

Al principio fueron minucias como el hecho de imprimirnos por su cuenta y sin previa aprobación los pasaportes de la República de Fénnelly (por cierto, de gran calidad) o decretar nuestro plato nacional sin consultarnos (espaguetis de espinacas con almendras y queso crema). Al principio agradecimos con emoción el esmero de Alberto por cada día darle más forma y sentido a nuestra identidad nacional.

Pero luego ocurrió el asunto de los uniformes y entonces Tobías y yo intercambiamos mudas y amargas impresiones de desasosiego, pero fuimos incapaces de contravenir o cuestionar a Alberto. Lo que más me exasperó fue que el uniforme de las mujeres fuera igual al de los hombres, pues si el de Andreína hubiese sido al menos un short ajustado o hubiese tenido algún tipo de escote, creo que hubiese abrazado a Alberto. A Tobías en cambio no lo disgustó tanto el hecho que los uniformes que deberíamos usar durante nuestras estadías en Fénnelly fueran unas bragas de mecánico de color azul, su problema era que esa idea no se le había ocurrido a él.

Para tratar de picar adelante, Tobías expuso con vehemencia algunos proyectos para aplicar en Fénnelly. Uno de ellas fue crear un calendario fennelliano basado en la dirección de los vientos; propuesta que todos celebramos, incluso Alberto, quien sin embargo forzó bruscos cambios de tema para eludir una decisión definitiva al respecto. Otra de las propuestas de Tobías fue rescatar el arte de la “coligrafía” o del esperanto como una forma de reivindicar un lenguaje propio. Ante el entusiasmo general, Alberto supo que no podría contravenir ni postergar esa iniciativa, así que como último recurso retórico y pantomímico nos enfrentó a todos con solemne actitud diciendo que había llegado la hora decisiva.

Se dirigió entonces a un armario que estaba en la penumbra de un rincón. Pensé que nos daría un vestuario especial para los días festivos o que sacaría de una jaula el animal representativo de la fauna del país; pero lo que allí había, dentro de cajas de cartón y bolsas plásticas, era un pequeño parque de armas compuesto de diez fusiles, una metralleta, once pistolas, varias cajas de municiones, algunas granadas de mano y una trompeta. “Todos mis ahorros están en este baúl”, se limitó a decir Alberto con orgullo mientras colocaba el armamento sobre la capital. La actitud de Alberto provocó una mueca de desprecio en Tobías, secundada por una risita nerviosa de Marisela. No obstante, fue Tobías el primero que se entusiasmó a apertrecharse con el equipo militar y fue él también quien celebró con sonoras carcajadas que la mayoría de las armas eran de utilería. Alberto explicó que ello se debía en parte para confundir al enemigo y también porque no le había alcanzado la plata. Solo tres pistolas son de verdad, puntualizó.

Cuando yo mismo palpé y verifiqué que en efecto eran imitaciones de juguete, sentí primero un gran alivio seguido de un eléctrico temor que me recorrió el cuerpo al caer en cuenta que éramos cinco locos

con armas de plástico sin saber aún muy bien qué íbamos a hacer con ellas.

Es lo que tenemos por ahora, dijo Alberto. Y qué se supone que vamos a hacer con esto, preguntó Marisela, al tiempo que devoraba la uña de su dedo índice izquierdo. Solo hay que estar preparados y alertas, nos dijo Alberto con un dejo de decepción pues éramos incapaces de comprender sus previsiones.

Los días siguientes transcurrieron con cierta pesadez, como si el vínculo de amistad inicial se hubiese oscurecido por un nuevo flujo de relaciones artificiosas que, si bien no estaban claras del todo, tejían un biombo de seda entre nuestra original camaradería. La calidez de los primeros días de Fénnelly se fue enfriando, al punto que se canceló dos veces la primera reunión extraordinaria convocada por Alberto quien pretendía dar instrucciones sobre en qué circunstancias deberíamos usar los uniformes.

Algo de la comunión inicial se recuperó durante la celebración del primer mes aniversario de Fénnelly donde el vino y los espaguetis almendrados crearon la atmósfera propicia para inspirarnos hacia nuevos rumbos. Andreína planteó diseñar un sitio web que fuera creando algo de intriga y Tobías retomó el asunto del almanaque, pero esta vez inspirado en el calendario Republicano francés. Alberto se mantuvo muy reservado en la reunión, pero con una disposición aprobatoria que no le habíamos visto desde antes de inventar Fénnelly. Hasta Marisela y Andre improvisaron un baile que fue decretado de inmediato como la danza oficial de Fénnelly.

Pero el ánimo festivo se interrumpió cuando Tobías quiso pasar revista al armamento y se encontró con un candado en el armario. Alberto fingió que no recordaba donde había puesto la llave, pero la insistencia de todos lo hizo confesar que las armas las había mudado

de lugar por razones de seguridad. En efecto, cuando abrió el armario ni siquiera estaba la trompeta.

Tobías abandonó Fénnelly con un sonoro golpe de puerta. Nadie trató de retenerlo, pero sin duda la fiesta había acabado. Sin mayor referencia al incidente Alberto nos animó a recoger las botellas vacías y a ordenar la habitación mientras nos daba una charla sobre la rentabilidad del reciclaje como modelo económico para Fénnelly.

Al día siguiente, muy temprano en la mañana, Tobías retornó al país de buen talante, como si el episodio del día anterior no hubiese tenido mayor importancia. Me parecía que olía a gasolina o a excremento seco. Me lo encontré de salida, y me dijo que lo esperara mientras buscaba su maletín de trabajo y se lavaba la cara con agua.

En el ascensor le confesé que me iría de Fénnelly esa misma tarde y que nadie lo sabía aún. Mandaré a alguien a buscar mis cosas con alguien, no me gusta el asunto de las armas, y las almendras me dan cagantina, fue toda la explicación que le di a mi compatriota. Con una sonrisa tranquilizadora en su vertical expansión pero macabra en las comisuras, Tobías me señaló que ese no era el camino, que durante la madrugada pensó en desertar, pero que el reflejo de un charco de aceite le reveló la estrategia correcta: Hay que fundar otro Fénnelly. Explicó que la discreción sería la mejor arma pues el Fénnelly que crearíamos estaría justo dentro del Fénnelly original. Es perfecto, sólo tú y yo lo sabremos, ya estamos infiltrados, sólo debemos esperar con paciencia para dar el golpe perfecto y tomar Fénnelly; mira aquí tengo el mapa de Fénnelly dentro de Fénnelly, nos estableceremos en la capital y estallaremos desde el centro.

Cuando el ascensor se abrió en planta baja Andreína y Marisela, tiernas y frágiles, conversaban en el lobby del edificio; sentí que se acaban de dar un beso o más bien deseé que eso hubiese ocurrido, y

también imaginé que en ese justo instante Alberto se masturbaba en Fénnelly envuelto en nuestra blanca bandera nacional.

Seguí de largo mientras Tobías se demoraba con Andre y Marisela; creí escuchar que él se disculpaba por su actitud de anoche. Al cerrarse la reja del edificio a mis espaldas conjeturé que una vez que Tobías inaugurara su propio Fénnelly las chicas crearían otro más minúsculo dentro del de Tobías, donde apenas si cabría un perro pero sin su dueño. Al voltear en la esquina y mirar hacia mi país pude ver como una columna de humo se alzaba firme hacia el sol que tenía un particular brillo plateado esa mañana.

HISTORIA SOBRE MALONE

La historia me la refirió Larry la misma noche del asesinato de Malone. Advierto en primer lugar que hay que saber escuchar a Larry; un poco de alcohol ayuda a adentrarse con paso firme en sus frases laberínticas; pero un exceso de tragos puede hacer que uno se pierda en ese laberinto, o que no se sepa cómo se entró, o en el peor de los casos que ni siquiera se sospeche que se está en el interior de una estructura dedálica. En ocasiones, las extensas digresiones de Larry sirven para evidenciar sus mentiras pero también para hacerlas pasar por verdaderas. Una historia de Larry nunca es del todo cierta, pero tampoco del todo falsa. Hay que sopesar con cuidado sus eufemismos, escudriñar en sus balbuceos trémulos, inferir a partir de sus silencios súbitos; jamás hay que interrumpirlo ni contradecirlo, sino dejarlo desembocar a su propio ritmo en el final de su historia.

Sin embargo, la historia que me contó Larry la noche que mataron a Malone fue más bien precisa, sin sus eternos rodeos habituales y libre de florituras innecesarias. La contó en un tono distinto al resto de sus narraciones, lo cual indicaba que, si esta vez era verdadera, el resto de sus historias eran falsas. Según su repertorio narrativo, él mismo había sido tripulante de un barco malayo que intentó invadir Puerto Cabello en 1972, pero que se quedó varado en Curazao y entonces todos sus miembros se dedicaron a la hotelería y al comercio ilegal de carne delfín; también contaba que fue policía durante ocho años y desmanteló él solo una banda de curas narcotraficantes pero nadie le creyó y por eso fue expulsado, o que había sido el pionero del negocio de las tarjetas telefónicas pero las grandes transnacionales conspiraron contra él y le quitaron “todo, menos esto”, y se tocaba los testículos, el corazón, la cabeza o algún otro órgano.

A veces pienso que el relato de la última noche de Malone, fue tan solo un episodio más de una narración de mayor envergadura que fue tejiendo poco a poco y me la estuvo contando desde hacía días sin que yo me percatara.

A Larry y al resto de los caballeros de la mesa redonda los conocí hace poco más de seis meses cuando empecé a frecuentar el bar Las Tres Sirenas, un tugurio sifilítico ubicado en la avenida Nueva Granada, cuyos parpadeantes neones multicolores, en vez de adornar la noche, la volvían macabra.

Mi mujer, tras ganar la lotería de Florida, se había largado a los EEUU sin dejarme un miserable dólar, así que me volví adicto a las ninfas marítimas de la taberna, muy profesionales todas, enamoradas de su oficio y muy diligentes. Un mes de caricias prodigiosas me hicieron olvidar rápidamente a Nastascha, mas no pudieron apartar de mi memoria el brillo dorado del cartón rectangular donde ocho números pares decretaron la desdicha mía y la felicidad de ella, cifrada en un cuarto de millón de billetes verdes.

Poco a poco Las tres sirenas se fue convirtiendo en mi segundo hogar, seguido de mi habitación, que compartía con tres mandarines silenciosos en la avenida Fuerzas Armadas. En fin, el bar era de esos lugares, que, aunque repulsivos a primera vista, terminan acogiéndolo a uno con cierta placidez enguantada. No era yo el único que estaba allí a mis anchas. Lucho *cara e piedra*, de quien se decía que era eunuco por su reticencia a estar con las chicas, también lo había hecho su segunda patria, al igual que *El pollo Andrade*, quien desde muy temprano en la mañana entraba por la puerta de atrás y en solitario iba calentando la mesa de billar a tal punto que cuando llegábamos los clientes nocturnos ya la fatiga en sus muñecas no le

dejaba ejecutar las gloriosas maniobras que decía realizar cuando todos estábamos ausentes.

Pero uno de los más singulares *sireneicos* era Larry. Su forma de moverse por el bar, manosear los culos redondos de las chicas y pellizcar sus pezones con desparpajo daba a entender que era uno de los clientes más asiduos y más antiguos por lo que gozaba de ciertos privilegios proscritos al resto de los clientes normales. Larry era de esas personas que uno no quiere saber a qué se dedican, ni siquiera descubrirlo por error. Con su aire bonachón y altivo nos fatigaba con sus historias interminables, enrevesadas y contradictorias. En mi vida anterior seguramente le habría huido a una persona como él, pero ahora me daba igual que orbitáramos en el mismo espacio, pues yo me había convertido en una vaca insomne que se deja atacar por bandadas de moscas. Me daba lo mismo escucharlo; sin embargo, no me atrevía a mirar mucho hacia el bulto que se insinuaba en su costado izquierdo a la altura de su cintura, como sobresaliendo del pantalón y apenas cubierto por sus coloridas chaquetas de fieltro.

En cuanto a Malone, recién tenía dos semanas de haber comenzado a frecuentar el local y aunque no conversaba mucho, fue acogido en la redonda mesa de plástico donde nos empotrábamos a partir de los miércoles hasta los domingos a esperar que algún hecho fortuito les diera emoción a nuestras aburridas existencias. La verdad no eran muchos eventos de este tipo, pero cuando ocurrían, al menos nos daban para conversar por un mes entero. Por ejemplo, cuando Esmeralda salió corriendo desnuda de la habitación porque un cliente resultó ser una doña disfrazada, o cuando Yadira y Yamilet protagonizaron una pelea de barro en bikini, pero en vez de tierra mojada se untaron con mierda. Recuerdo que ese olor pervivió por varias semanas en las paredes descascaradas del bar y que algunos,

tras preguntarse si era parte de un show nuevo, esperaron ansiosos su repetición.

Como Malone cancelaba sus tragos sin demora, no hacía mucha bulla, demostraba destreza en el dominó y eventualmente brindaba una que otra birra lo dejábamos estar sin mayores problemas en nuestra mesa circular. Pero hay que acotar que había algo extraño en la forma que Larry miraba a Malone y en la forma en que Malone fingía ignorar que Larry lo miraba, y así mismo había cierta extrañeza en la forma en que el resto fingíamos no percatarnos de como Malone fingía no saber que Larry lo veía fingiendo que no lo hacía y en ese juego de fingimientos empotrados unos dentro de otros como las muñecas rusas podríamos pasarnos toda la noche cavilando; pero de esa y de cualquier otra abstracción filosófica nos sacaba el bamboleo de la enormidad mamaria de Celia cada vez que se aproximaba a la mesa con una bandeja llena de vasos almendrados por la coloración del ron.

Una vez en los urinarios Larry hizo un comentario refiriéndose a Malone: “Este tipo se trae algo raro. Va a joder a alguien aquí”, dijo interrumpiendo mi micción que siempre se frena cuando otro orina al lado. Luego que me dejó solo frente a la obra de Duchamp, libre para llenarla a mis anchas, le pregunté el porqué de sus inferencias, y como respuesta se dedicó a referir una carrera de caballos de la víspera en las que sus corceles quedaron todos en el orden que vaticinó pero al revés: el primero que le jugó quedó de último, el segundo de penúltimo y así, explicó Larry. “Hubiese ganado un montón de plata si apostabas al revés”, le dije. “Y quién dijo que no lo hice”, se río Larry al tiempo que me mostraba el contenido de un sobre repleto de billetes, verdes, no de dólares sino de 50 bolívares. “Claro, este tipo de negocios se pueden hacer si no hay gente vigilando o estorbándole a uno”, dijo Larry de salida y después se fue tras las nalgas de Lucrecia, la empleada con más trayectoria del bar,

quien siempre se jactaba de que en 29 años de servicio ininterrumpido no se había producido ni un disparo dentro del recinto.

Esa noche apenas tenía para pagarme un máximo de dos tragos y lamenté que no fuera quincena porque el ambiente rebosaba de festividad; así que no me quedó otra que chuparme mis propios hielos y luego los sobrantes de los demás para tener al menos un vaso con algo en su interior para menearlo. Cuando ya no había más tragos a los que robar agua solidificada, Larry se compadeció y me brindó una botella entera de ron blanco y eso que él no es amigo de compartir lo suyo con nadie. Tras ello se dedicó a sacarme la información de cómo es que mi esposa se ganó 250 mil dólares en Florida y se desapareció sin dejarme un maldito centavo y yo estoy allí tan tranquilo hundiéndome en la miseria y con un sueldo mediocre. Insinuó que la culpa era mía, no por dejarla ir, sino por no irla a buscar y traerla arrastrada por los cabellos y ponerla a trabajar 24 por 24 horas hasta devolverme el último centavo. Le aclaré que, aunque yo era quien jugaba con 15 años de fiel dedicación dominical a la lotería de Barinas sin nunca tener suerte, ella fue quien compró el boleto de la lotería de Florida con su dinero y por iniciativa propia. Larry, sin aceptar mi patética explicación, se dedicó a repetir: “24 por 24” al tiempo que volvía a llenar nuestros vasos.

Luego, como quien arroja un hueso a un perro, me “recomendó” un par de números de lotería, pero le dije que no tenía con que jugarlos y entonces me financió la apuesta con un montón de billetes arrugados de todos los colores que sacó del bolsillo izquierdo de su pantalón; tuve la tentación de espiar bajo su chaqueta mientras hacía esto pero me contuve y miré hacia el techo.

A primera hora de la mañana realicé la apuesta con los datos que me dio Larry. La emoción de haber ganado me retuvo en casa y los

mandarines se dedicaron a responder a mi muda alegría con sonrisas muy corteses.

A la noche siguiente les brindé ginebra a todos en el bar, menos a Malone que no se presentó. Alguien acotó su ausencia y Larry, muy solemne como si le ardieran las hemorroides, sólo dijo que esta cuadra ya tenía dueño y que mejor que Malone se quedara en su sitio de origen, lugar que era desconocido para todos, así como su verdadero nombre; ya que el mote de Malone se lo pusimos nosotros en alusión a la ancha cicatriz que le cruzaba el pómulo derecho y a la expresión de asesino jubilado que ponía cada vez que el alcohol atravesaba su garganta. Y él aceptó ese apodo con naturalidad y hastío.

Como no había nada más interesante de que conversar (pues mantuve en secreto mi modesto triunfo en la lotería) empezamos a conjeturar quién sería Malone, por qué no había venido hoy, cuál sería su nombre verdadero y cuál la razón de su cicatriz.

A Larry pareció molestarle la historia y se retiró a otra mesa más bullanguera. Cuando mi grupo se disolvió y yo quedé solo en la mesa, dispuesto a gastarme al menos la mitad de mi ganancia en la lotería, Larry se acercó a mi mesa, no para cobrarme el préstamo monetario y cabalístico que me hizo sino para contarme una de sus historias.

En fin, la historia que me contó Larry la noche que mataron a Malone fue algo breve comparada con las demás. Según Larry, la noche anterior, Malone estaba dándole duro al ron en un rincón ni tan sombrío de Las tres sirenas. Junto a tres desconocidos sin nombre armaron un dominó que se prolongó hasta las tres de la madrugada. Los boleros brotaban melancólicos de la desvencijada rocola. Nadie movía un pie, pero los ojos tristes de la mayoría bailaban a través de los recuerdos de algún despecho atragantado. De todos modos, ¿cómo iban a bailar si eran puros hombres? Todas las chicas estaban

ocupadas en las habitaciones y abajo los clientes esperaban pacientemente su turno. La única mujer esa noche era también una clienta, y acompañaba a un viejo en la silla de ruedas desdibujado en la penumbra de un rincón. La mujer lo acariciaba con esmero pero con un dejo imperceptible de lástima. Las facciones eran borrosas, desde la mesa de Larry lo único que se distinguía eran las brasas de sus cigarrillos que oscilaban como péndulos fatigados. En algún momento la silla, empujada por la dama, rodó de modo ceremonial rumbo a la puerta de salida y se detuvieron frente a Malone. La mujer se inclinó como si le fuera a pedir un cigarrillo o fuego o algo así, pero no, lo que hizo fue marcarle en la mejilla a Malone un beso púrpura de labios gruesos y torcidos. Después fue que salieron. Los cuatro de la mesa se rieron contagiosamente hasta desbaratar el esqueleto de piedras blancas y bañarse un poco en ron. El que hacía pareja con Malone, un joven muy blanco, comenzó a reír en falsete, casi que temblando de nervios y no atinaba a encender su cigarrillo y alguien lo ayudó a sostener con firmeza el yesquero. Sin embargo, un brillo en sus ojos daba la impresión de que había hecho un buen negocio con su vida y que merecía celebrarlo. El joven se puso de pie con mucha calma, escupió el cigarrillo al suelo. Miro al grupo con serenidad, más bien con resignación, aunque quizá sólo miró a Malone, y Malone respondió a su mirada como queriéndole decir algo que no sabía cómo decir. El joven se movió de tal manera que pensé que también le iba a dar un beso a Malone, pero lo que le estampó fue un corte de cuello con una navaja mínima pero muy brillante, y la sangre de Malone empezó a salir como desesperada. En el alboroto de socorrer a Malone el joven se esfumó como una sombra, sosteniéndose el pecho como si el corazón se le estuviese saliendo por la tetilla.

Le dije a Larry que la historia había sido bastante entretenida y sobre todo verosímil con excepción del pequeño detalle de que Malone

venía entrando más vivo que nunca, por la puerta de Las tres sirenas. Larry sonrió con modestia o con desdén. Sus gestos son tan confusos como sus frases. Chocamos los vasos y cambiamos de tema.

Más tarde, en el baño, Larry me interrumpió de nuevo el flujo de mi espumosa orina etílica. Se peinó el bigote frente al espejo, se ajustó los pantalones, y me dijo que esta noche yo sería muy feliz. Me pareció extraño que orinara en la poceta y no en el urinario. Antes de irse se cercioró de que yo inspeccionara el cubículo donde había meado y tomara un sobre amarillo, grueso, firme, y lo guardara con esa seguridad que sólo transmite el dinero en efectivo. Me dijo que sus historias nunca eran falsas. Si quieres multiplicar esa suma juégale al caballo 8 en la tercera carrera de mañana, si no quieres déjalo así, igual es bastante plata. Se peinó el bigote con un peinecillo de finas cerdas y de nuevo se fue tras las nalgas de Celia. Horas después, cuando la madrugada se apretaba en el cielo degollé a Malone mientras jugábamos una partida de dominó y me perdí en la noche con el grueso sobre amarillo envuelto en mi chaqueta para protegerlo de la lluvia.

ÍNDICE

Uno de muchos posibles atajos/5

Perdidos en Frog/17

Alguien llamado Jones/29

La república de Fénnelly/45

Historia sobre Malone/57

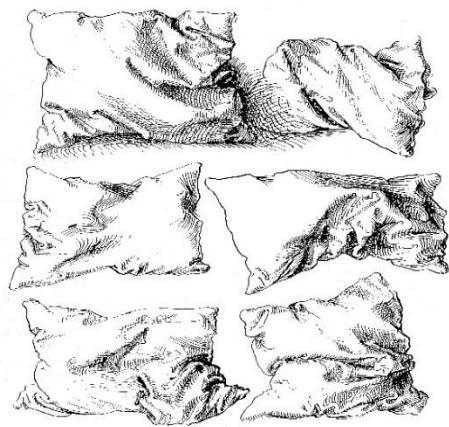
Jesús Miguel Soto

Caracas, Venezuela, 1981.

Cursó estudios de Comunicación Social y Letras en la Universidad Central de Venezuela. Se ha desempeñado como profesor universitario y editor. Como narrador ha publicado el libro de cuentos *Perdidos en Frog* y las novelas *Boeuf. Relato a la manera de Cambridge* y *La máscara de cuero* (finalista del Premio de la Crítica 2016-2017 en la mención novela). Entre otros, ha sido ganador de la 64º edición del Concurso Anual de Cuentos El Nacional; del primer premio del VII Concurso Nacional de Cuentos de la Sociedad de Autores y Compositores de Venezuela SACVEN y del XXIII Certamen Literario Juana Santacruz (Méjico). Algunos de sus relatos han sido publicados en antologías como *Joven narrativa venezolana II*, *De qué va el cuento (Antología del relato venezolano 2000-2012)*, y *Crude Words. Contemporary writing from Venezuela*. En 2017 fue seleccionado por el *Hay Festival* como uno de los 39 escritores latinoamericanos de ficción más destacados con menos de 40 años en el marco del evento Bogotá39. Actualmente reside en Méjico.

NARRATIVA BREVE
COLECCIÓN Comarca Mínima

- Su vida* /Victoria de Stefano
Homenaje a la estrella /Elisa Lerner
El vals de Amoreira/Juan Carlos Méndez Guédez
Retablo de plegarias/Fedosy Santaella
A medianoche/ Rony Vásquez Guevara
Mahmud Darwish anda en metro /Miguel Antonio Guevara
El perro estar/Carolina Lozada
El arquero dormido/Ednodio Quintero
Muerte del filósofo chino y otros textos insomnes /Piero de Vicari
Las malas decisiones /Jesús Ovallos
Los Villa/Jorge Iván Jaramillo Hincapié
Diversidad(es). Minificciones alternas/varios autores
Miniaturas voraces/Alberto Sánchez Argüello
El ojo de la mosca y más retratos familiares /Alberto Hernández
Cava de minificciones/ José Manuel Ortiz Soto
Maletín de pequeños objetos/Arnaldo Jiménez
Ciudad en ciudades (Ejercicios narrativos) /José Balza
Escribir es la respuesta/ Andrés Mauricio Muñoz
Fotomontajes mínimos/Roberto Echeto
Los ocupantes/Yoselin Goncalves
Puerto Nuevo/Ernesto J. Navarro



COLECCIÓN *Comarca Mínima*